

Cifra y Sal

*Una novela de Jorge
Juan
(1735-1750)*

José de la Gándara

A Cruz, por su apoyo, paciencia y empuje.

La ciencia es un instrumento de Estado, como la artillería o la marina.

Jean-Baptiste Colbert

Londres, 30 de marzo de 1750

Caminaba como caminan los que han aprendido que a veces basta un crujido, apenas un paso más largo que otro, para acabar con la noche. Y con la vida. Se movía sobre el empedrado húmedo con la precisión de quien ha pisado esas calles tantas veces que podría recorrerlas a ciegas y la cautela de que ni una piedra suelta ni un charco delatará su presencia. Londres dormía bajo el velo de la niebla, una bruma densa y sofocante que se colaba entre las callejuelas, envolviendo cada farol en un resplandor sucio, de otro mundo.

Giró a la derecha en Dorset Street, dejando atrás la sombría silueta de la prisión de Bridewell. El aire del Támesis arrastraba el hedor del puerto y la humedad de los muros gastados por la lluvia. Podía recorrer aquella ruta con los ojos cerrados. Conocía cada esquina, cada resquicio de sombra donde esconderse si el peligro surgía de improviso. Y, sin embargo, algo era distinto esa noche.

Desde hacía horas, una sensación pesada, como un presagio siniestro, le atenazaba la nuca. Había aprendido a no desestimar el instinto; en su oficio, la duda significaba muerte. Se ajustó el capote de algodón parafinado mientras la llovizna fina comenzaba a caer, cubriendo la ciudad con un lustre resbaladizo y traicionero.

Un leve sonido lo hizo detenerse en seco. Pasos.

Se pegó a la pared de ladrillo, escuchando con el oído atento del cazador. Nada. Tal vez solo los ecos distorsionados por la niebla. O tal vez no. Lentamente, deslizó la mano bajo su capa y extrajo el reloj de bolsillo. Abrió la tapa y comprobó la hora con dificultad. Guardó el reloj y tanteó su equipo: la pistola de chispa bien asegurada en el bolsillo derecho, en la izquierda, la empuñadura de su bastón de estoque, con su hoja de acero templado, afilada y letal. Aún le quedaban catorce minutos hasta la cita.

Reanudó la marcha, con los sentidos alerta. El viejo cuero español de sus botas crujió ligeramente sobre el barro del callejón,

mientras su mente repasaba el mensaje recibido la tarde anterior. Alguien había deslizado un billete cifrado y sellado con cera bajo la puerta del departamento de Grosvenor Square:

12.35.116.40.262.80.213.52.163.125.33.256.16.292.45.93.27.
121.14.32. *Peligro!! Duke sabe. Dorset Street Stairs.*
Medianoche.

¿De dónde había sacado la cifra el remitente? ¿No era exclusiva del Amigo? ¿Cómo demonios conocía su punto de operaciones? ¿Era una filtración? ¿Una trampa? ¿Y quién le pisaba los talones esta vez? El Amigo jugaba un juego más arriesgado de lo que había imaginado. Y él lo sabía: si había llegado tan lejos, no era para delegar en nadie. Aquel asunto requería presencia. Mirar a los ojos. Y, si llegaba el caso, disparar primero.

La brisa del río le dijo que estaba cerca. El Támesis murmuraba en la oscuridad como un conspirador cansado, mezclando el chapoteo lento de las olas contra los muelles con el golpeteo apagado de las embarcaciones adormecidas. Pero entre los sonidos habituales se coló otro: más leve, más denso. Una anomalía.

Se desvió unos pasos, sin apuro. Se apostó junto al borde de Fleet Ditch —más albañal que canal, pero aún útil si uno sabía esconderse—, donde las sombras eran más densas que la niebla y el olor a cloaca se mezclaba con el del miedo. Desde allí, podría ver sin ser visto. Y en aquella ciudad, esa noche, era todo lo que importaba.

Nueve minutos para la hora.

El viento arrastró un eco distante, el tintineo de una campanilla. No lejos de allí, Crane Court permanecía en penumbra. Allí, en ese mismo lugar, había sido aplaudido semanas atrás por la *Royal Society*, rodeado de sabios y eruditos que jamás imaginarián en qué clase de peligroso juego estaba envuelto en este preciso momento. Aquella noche, también, alguien le había salvado la vida, pero en su cabeza aún retumbaba una pregunta: ¿quién? Quizá esta vez no tuviera tanta suerte y fuera su final. El esfuerzo de todo un año

viniéndose abajo. Y tal vez la guerra. Antes de lo esperado, con la monarquía indefensa.

No era hombre que se doblegara. Ni ante la duda, ni ante el miedo, ni siquiera ante el destino, que a veces juega sucio. El tañido de una campana lejana marcó la medianoche. Hay noches en que el mundo se vuelve más afilado que una hoja toledana. Y esta era una de ellas.

La lluvia, traicionera, dejó de insinuarse para volverse lluvia de verdad: firme, persistente, cruel. Golpeaba los adoquines con el ritmo exacto de un tambor de ejecución. El frío le mordió los huesos. No era el mismo de los días en América, y lo sabía. Allá aún le quedaban ilusiones. Aquí solo quedaba deber. Pero lo que más temía no era el frío, ni siquiera el retraso. Era la oscuridad. Si la lluvia apagaba la candileja que iluminaba el embarcadero, quedaría sumido en la absoluta penumbra y entonces...

Doce minutos tarde. Demasiado.

¿Dónde estaba su contacto? ¿Se trataba de una trampa? ¿Podrían los hombres del duque haberle tendido una celada? Bajo la capa, amartilló la pistola y tanteó el pedernal con los dedos. El arma estaba lista y su alma también.

Entonces, de entre las sombras de los edificios a orillas del río, emergió una figura. Capote oscuro, sombrero de ala ancha, paso decidido. Se detuvo junto a un rimero de maderos, de espaldas al río. Esperaba algo. O a alguien. No había duda: era él. Desde su escondite, observó sin mover un músculo. No podía distinguirlo con claridad.

El silencio entre ambos se prolongó un minuto. Demasiado tiempo.

Su instinto le gritó que actuara. Apretó la empuñadura del estoque y deslizó un dedo sobre la culata de la pistola. Avanzó.

La sombra no se movió hasta que oyó sus pasos. Giró la cabeza.

Y entonces lo vio. La lluvia resbaló por el sombrero, desvelando un rostro que jamás pensó que vería otra vez.

Aquellos ojos...
¡Cómo podía ser!

Londres, 30 de marzo de 1750



AMÉRICA

*Si he visto más lejos ha
sido porque me he subido a
hombros de gigantes.*

Isaac Newton

— 1 —

Cartagena de Indias, 15 de noviembre de 1735

El calor y la humedad pesaban como plomo sobre la tarde. Desde el Baluarte de Santa Clara, dos jóvenes oficiales de marina seguían con la mirada una vela solitaria que se deslizaba hacia el canal de Boca Chica. Habían aprendido a no ilusionarse demasiado, pero aún les quedaba la fe testaruda de quienes no han sido vencidos.

—¿Será en este? —preguntó el más alto, con una calma entrenada más que natural, mientras la brisa caribe agitaba su coleta, atada con una cinta que ya empezaba a desteñirse.

El otro, más bajo y con ese nervio que tiene el sur, se movía entre los instrumentos con impaciencia mal disimulada. Encogió los hombros sin dejar de mirar el horizonte.

—Confíemos. Van cuatro meses de espera. Si esto sigue así, vamos a medir la línea ecuatorial cuando ya esté oxidada.

Desde que recibieron la orden de unirse a la expedición científica organizada por la *Académie Royale des Sciences* y apadrinada por el mismísimo Luis XV, todo había sido una sucesión de prisas, despachos y protocolos. Jorge Juan contaba apenas veintidós años; su compañero Antonio de Ulloa, diecinueve. Pero la juventud, en la marina del rey, duraba lo que un disparo de cañón.

Seis meses antes, en mayo, por orden de Su Majestad y del secretario de Estado Patiño, embarcaron desde Cádiz escoltando al nuevo virrey del Perú, el marqués de Villagarcía, y a un obispo que no dejaba de hablar de doctrina, incluso con el estómago revuelto. Juan navegó en *El Conquistador*, sesenta y siete cañones de disciplina flotante; Ulloa, en el *Incendio*, apenas cincuenta.

La travesía fue rápida, limpia. Lo peor venía siempre después.

Al llegar a Cartagena, nadie los esperaba. Ni franceses, ni instrucciones, ni una sola línea que justificara cuatro meses de incertidumbre y sol inclemente.

Mientras esperaban, cumplieron su otra misión, la que no figuraba en los papeles oficiales: observarlo todo, anotarlo todo. Fortificaciones malogradas, guarniciones que parecían espectros mal pagados, artillería que hacía más ruido que daño y oficiales con más grasa que disciplina.

—Si Cartagena está así —murmuró Ulloa, mientras anotaba algo en el margen de su cuaderno—, no quiero imaginar el resto.

Juan asintió, serio.

—Nos salva que el enemigo no lo sabe —dijo. Y lo dijo como el que intuye que algún día, lo sabrá.

A lo lejos, la balandra cortaba el agua con decisión.

—Es una balandra de guerra —anunció Juan, ajustando el catalejo—. Y ese pabellón no parece español. Diría que francés.

—Si en este tampoco vienen, juro que escribiré al rey para que nos manden de vuelta a Cádiz. O a casa. O al demonio, que al caso viene a ser lo mismo.

Juan exhaló y cruzó los brazos.

—A quien espera, su bien llega —dijo Ulloa, y por primera vez en días, sonrió—. O mucho me equivoco... o mañana almorzamos con los gabachos.

Al día siguiente, la brisa matinal arrastraba olores de alga y salitre sobre el puerto de Cartagena.

Juan y Ulloa habían llegado temprano al embarcadero. No por impaciencia, sino por costumbre: en la Armada, el que llega tarde no llega. Desde la distancia, vieron a cinco braceros sudorosos descargando baúles, cajas forradas de cuero, instrumentos delicados y equipajes con más pretensión que urgencia. La balandra francesa se llamaba *Le Vantour*.

—Supongo que en esos cajones habrá más instrumental, cocinas, tiendas y medio París embotellado —murmuró Ulloa.

Se acercaron con aire distraído, como quien pasea sin intención. Dos soldados de la aduana tomaban nota de la carga, fingiendo que entendían los sellos.

—*Le Vantour* —leyó Juan en voz baja—. Nombre curioso.

—Y bien puesto —replicó Ulloa—. Parece que vienen a conquistar el trópico...

—Menos mal —suspiró Juan—. Porque con lo que hemos encontrado aquí, no podríamos medir ni la sombra de un poste sin discutir el ángulo.

Ulloa se ajustó la coleta con un gesto ágil y dejó escapar una risa breve, sin alegría.

—Ya lo sabes, Jorge: quien tiene “din”, tiene don.

Juan esbozó una sonrisa torcida y se frotó el mentón, pensativo.

—Confíemos en que los instrumentos de Su Excelencia hayan llegado ya a Quito. Si no, nos tocará calcular meridianos con lápiz y buena voluntad.

La mañana entera la pasaron observando el desembarco. Los franceses daban órdenes con la precisión de un director de ópera: con aspavientos, voz cortante y un desdén natural por todo lo que no llevaba encajes.

A mediodía, el cielo se volvió gris, y el aire, espeso. El calor crecía a cada minuto, y los nubarrones se posaban sobre los muelles como un aviso.

—Tenemos años de trabajo por delante con esta gente —murmuró Juan, sintiendo la ropa pegada al cuerpo como una segunda piel innecesaria.

Ulloa no respondió. Observaba a dos franceses bien vestidos, con camisas de lino blanco y encaje en las mangas, que señalaban cajas y daban órdenes como si movieran piezas en el tablero de un juego que solo ellos conocían.

Se rascó la cabeza con gesto lento y frunció los labios.

—Lo que me preocupa, Jorge, no es la ciencia. Es el talante. Juan alzó una ceja, sin necesidad de palabras.

—Ya sabes... el centro del mundo y tal —añadió Ulloa, mientras imitaba, con un movimiento leve de nariz, la arrogancia importada de Versalles.

Pasado el mediodía, Juan y Ulloa regresaron a la casa que el gobernador, don Pedro Fidalgo, les había asignado. Se vistieron con sus flamantes uniformes de tenientes de navío: casacas azul marino con solapas y vueltas de mangas rojas, ribeteadas en galón dorado. En el pecho, sobre la tela impecable, Juan lucía la cruz de ocho puntas de la Orden de San Juan de Malta. Pasó los dedos por el bordado, como quien acaricia un recuerdo.

—¿Sabes por qué nuestra cruz tiene ocho puntas? —preguntó.

—No. ¿Por qué?

—Son las ocho bienaventuranzas según San Mateo, desde los días de Jerusalén. Cuando se fundó la Orden.

Se calaron los tricornios de fieltro negro con cucarda roja y salieron de la habitación para esperar a los franceses. Estos se alojaban en el hospital de San Lázaro. Según la relación que los guardiamarinas tenían en su poder, la expedición contaba con ocho científicos, tres académicos, dos asistentes y doce criados. Francia no viajaba ligera.

La reunión tuvo lugar en la misma casa donde se hospedaban los españoles. En el centro del comedor, una gran mesa de madera oscura con doce servicios, rodeada de sillas tapizadas en cuero rojo gastado; en las paredes, retratos sombríos de antiguos gobernadores que parecían vigilar desde el pasado.

Juan y Ulloa aguardaban de pie cuando un hombre de unos treinta años, no muy alto, cabello oscuro recogido con cinta de seda y mirada despierta, entró en la sala.

—Buenos días, ¿ustedes son...? —preguntó en francés.

—Tenientes de navío Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Un placer saludarle —respondió Juan, con un francés tan claro como cortés.

El hombre parpadeó, sorprendido por la juventud de los oficiales. Pero más aún, por el dominio del idioma.

—Louis Godin, astrónomo y miembro de la *Académie Royale des Sciences*, organizador de esta expedición. Preferiría hablar en francés, si no les incomoda. Mis camaradas llegarán enseguida.

—Por supuesto, Monsieur Godin —asintió Juan, con una leve reverencia.

Godin era delgado y bajo, con una nariz prominente y una mirada que pesaba antes de juzgar. A medida que los demás entraban, fue presentándolos con solemnidad.

—Monsieur Joseph Jusseau, botánico. Monsieur Pierre Bouguer, académico y profesor de hidrografía en El Havre.

Bouguer, corpulento y rubicundo, los observó como se mide una mercancía.

—Monsieur Charles Marie de La Condamine, químico, matemático... y algo más.

La Condamine vestía mejor que todos los presentes. Casaca de terciopelo, peluca cuidada, expresión ilegible. Saludó con una inclinación mínima.

—Encantado, señores. Así que... ustedes son los españoles —dijo. El tono flotaba entre la cortesía y el desdén.

Los marinos se miraron un instante. Ulloa alzó una ceja con la lentitud precisa del sarcasmo bien educado.

Godin continuó.

—Monsieur Jean Seniergues, médico cirujano. Jean-Joseph Verguin, cartógrafo. Jean Louis de Morainville, ingeniero. Y el relojero e instrumentista, Monsieur Huget.

Seniergues, atlético y con buenos modales, los saludó con entusiasmo, saltándose el protocolo. Los últimos en llegar fueron dos jóvenes.

—Nuestros ayudantes: mi sobrino, Jean-Baptiste Godin des Odonaïs, y Jacques Couplet-Viguier.

Cuando todos estuvieron reunidos, Juan tomó la palabra. El tono era impecable, sin una nota de más.

—Caballeros, en nombre de Su Majestad Católica, nuestro rey Felipe, sean bienvenidos a estas tierras de Cartagena de Indias.

Los franceses lo escuchaban mientras se distribuían alrededor de la mesa. Algunos fingían atención. Otros no se molestaban.

—Como saben, Su Majestad ha apoyado esta expedición con entusiasmo, confiando en sus aportes al saber. Hay, sin embargo, un punto que debe quedar claro desde el principio: las contribuciones de las coronas de España y Francia serán reconocidas en igualdad. Ni por encima, ni por debajo. Lo justo.

El silencio que siguió no fue de cortesía. Fue de cálculo.

La Condamine se frotó las manos. Godin evitó la mirada de Juan. Y Bouguer, que no sabía disimular, resopló con escepticismo.

—¿Podrán ustedes indicarnos qué publicaciones han hecho en el ámbito de las ciencias? —preguntó La Condamine al fin, con el tono del que interroga a un alumno rezagado.

Juan no pestañeó. Ajustó las mangas de su uniforme con la calma de quien lleva el acero bajo la seda.

—Si nuestra capacidad les preocupa, no será con discursos como los convenceremos, sino con hechos. Y los hechos no entienden de prejuicios, Monsieur... o eso esperamos.

Hizo una pausa. No larga, pero exacta.

—Como sabrán, la Academia de Guardiamarinas de Cádiz forma caballeros en matemáticas, astronomía, geografía y navegación. Cualquiera de sus alumnos habría estado a la altura. Que don Antonio y yo estemos aquí no es casual. Es confianza. Y un honor.

El aire se volvió más espeso. Bouguer se aflojó el cuello de la camisa. La Condamine cruzó los brazos, pensativo.

Entonces Juan, para no tensar más la cuerda, sonrió.

—Pero no perdamos más tiempo. Estoy seguro de que el viaje ha sido largo y el clima no ayuda. Siéntense. Comamos algo. Lo demás vendrá solo.

—¿Y ustedes qué piensan? —preguntó Juan mientras se servía vino en una copa de vidrio tallado—. Me refiero, claro, a la medición.

La comida había sido abundante: frijoles con arroz, cerdo asado, mango con azúcar, pan de maíz. El gobernador había dispuesto dos maestresalas mulatos para el servicio y una doncella vestida de blanco que vertía vino español en las copas con más entusiasmo que ceremonia. El aire olía a especias y tabaco, y el tintineo de la porcelana se mezclaba con el murmullo de las voces como un clavicordio invisible. Hasta que alguien mencionó el verdadero propósito de la expedición, y la música se tornó silencio.

Afueras, la lluvia comenzó a golpear con fuerza las tejas.

La Condamine frunció el ceño.

—Vamos a ver, joven —dijo, con la sequedad del que no tolera desvíos—. No estamos aquí para pensar, sino para medir. La *Académie* no tiene respuestas aún. Busca la verdad. Y no a través de conjeturas, sino del método.

—Desde luego —intervino Ulloa con tono conciliador—. Lo que el teniente de navío Juan desea es conocer los argumentos que los han traído hasta aquí. No hay ciencia sin contexto.

Un trueno hizo vibrar los cristales. Godin carraspeó, con esa aspereza del que se prepara para entrar en la lidia.

—Caballeros, sabrán que la Tierra no es una esfera perfecta. Es un elipsoide. Pero... ¿achatado en los polos o alargado? Esa es la pregunta. Las observaciones se contradicen.

La Condamine se revolvía en su silla. Bouguer suspiró y miró al techo con aire de mártir ilustrado. Juan y Ulloa, en cambio, escuchaban sin pestañear.

—Por eso habrá dos expediciones —prosiguió Godin—. Una al norte, otra al ecuador. Mediremos la longitud de un grado del meridiano. Si la Tierra guarda un secreto, lo sabremos con regla en mano.

Los criados sirvieron café, agua y un ron oscuro, de esos que hablan antes de beberse. Bouguer encendió un cigarro, Seniergues lo imitó con gesto seguro.

—O, como dice Voltaire —sonrió Bouguer, entre calada y calada—, queremos saber si la Tierra es un melón o una sandía.

Juan sonrió con discreción y asintió, como el que ve a su antagonista bajar la guardia.

—Si fuera una esfera perfecta —dijo—, no habría variaciones en la longitud del arco de un grado ni en el péndulo. Pero las hay. Y entiendo que la *Académie*, digamos, no ve con buenos ojos las ideas de Newton.

La Condamine apoyó los codos sobre la mesa y tamborileó con un dedo, marcando el ritmo de su impaciencia.

—Newtonianos, cartesianos... especulación contra observación. Yo soy newtoniano, sí. Pero la *Académie* no toma partido. Hemos venido a medir, no a pontificar.

Juan sostuvo su taza de café con calma.

—¿Y realmente están ustedes al margen de toda influencia? ¿Ni política, ni religiosa, ni nacional? Francia contra Inglaterra. El racionalismo cartesiano frente a la gravitación universal. ¿Todo eso no pesa?

La Condamine parpadeó.

—Quiero decir —continuó Juan, con cortesía intacta—, que esta controversia no es solo ciencia. También es bandera, orgullo y diplomacia. ¿O me equivoco, Monsieur Godin?

Godin dejó la taza con cuidado y recorrió la mesa con la mirada.

—Entiendo su punto, teniente. Pero la *Académie* busca la verdad, no el prestigio. Algunos creemos en Newton, otros no. Pero medimos. No rezamos.

—Muy agradecido, Monsieur Godin —dijo Juan, con una leve inclinación—. Mi compañero y yo compartimos esa idea. España necesita luces, como Francia. Y si somos jóvenes... que no nos falte rigor.

Bouquer levantó una ceja. La Condamine tamborileaba de nuevo.

—¿Estudiaron en la Compañía de Guardiamarinas de Cádiz? —preguntó Jussieu.

—Así es —respondió Ulloa—. Hace un año fuimos ascendidos a tenientes de navío para esta misión.

La Condamine giró su copa y la observó como si hablara con ella.

—He de decir que el vino fue mediocre. Pero este ron... este ron tiene carácter.

Ulloa bebió un sorbo, sin perder la sonrisa.

—Dicen que viene de Guatemala. Hoy, al menos, tenemos algo que celebrar.

Durante unos minutos, el silencio se instaló en la mesa. Cada uno encerrado en sus propios mapas mentales.

Finalmente, Godin se levantó y golpeó su copa con la cucharilla.

—Señores, nos esperan meses de trabajo en condiciones que ni imaginamos. Primero cruzaremos este mar antillano. Luego, buscaremos transporte en el Mar del Sur. Después... más de ocho mil pies de ascenso. Y entonces —hizo una pausa— empezará la verdadera misión.

Algunos franceses cruzaron miradas inquietas. Juan asintió con seriedad. Bouquer seguía patrullando el mobiliario. La Condamine, absorto, giraba su copa buscando respuestas en el ámbar del ron.

—Mañana comenzaremos las mediciones en Cartagena —dijo Godin—. Luego aprovisionamos la expedición y zarpamos. ¿Los instrumentos están ya en tierra?

—Sí —respondió La Condamine, sin altivez al fin.

Godin sonrió y alzó su vaso.

—Señores, brindemos.

Todos levantaron sus copas.

—¡Por la expedición del meridiano!

—¡Viva el rey de Francia! ¡Viva el rey de España!

—¡Viva!

—¡Santé!

Cartagena de Indias, 15 de noviembre de 1735

Quito, 29 de mayo de 1736

Al mediodía, el viento bajaba desde las montañas con fuerza, sacudiendo los toldos del mercado barriendo la ciudad desde lo alto. Bajo el sol andino, se mezclaban los aromas del pan recién horneado, el humo del cuy asado y la dulzura pegajosa de la caña de azúcar. Era un olor antiguo, mestizo, y tan persistente como la piedra oscura de las calles.

Entre los tenderetes, las damas regateaban con la tenacidad de quien lo ha hecho toda la vida, indios envueltos en ponchos de vivos colores curioseaban en silencio y criollos de rostro adusto negociaban con europeos, disputando cada real como una cuestión de honor.

—¡Pan dulce, quimbolitos! —gritó un panadero, con la voz ronca de tanto hacerlo.

Cerca de la colina de El Panecillo, los puestos rebosaban de frutas, raíces y manojos de hierbas que desafiaban cualquier nomenclatura científica. En un rincón, sobre hojas húmedas, se ofrecían preñadillas escabechadas de Cuicocha: peces menudos, sin escamas, que no parecían encajar a esa altitud.

—¿Y esos quiénes son? —preguntó una vendedora de medias de lana, señalando hacia el camino del sur.

—Dicen que han venido a medir la tierra —respondió un anciano, sorbiendo su vaso de Miche con la calma de quien ya ha visto de todo—. ¡Ja! ¿Medir la tierra? ¡Quién sabe qué se traen entre manos!

Las risas se evaporaron en cuanto el grupo asomó en el umbral del mercado.

Adelante marchaban dos hombres con atuendo europeo de cazador: capas oscuras, sombreros bien sujetos con barbuejos, botas empolvadas por el camino. Tras ellos, una recua de mulas cargadas de baúles, estuches, varillas de cobre, lentes y artilugios cuyo propósito solo ellos parecían comprender. Cerraban la

columna diez europeos más y sus asistentes: mulatos, mestizos, negros libres, todos cargados.

—¡Miren esos artefactos!

—Cosas de ciencia —murmuró un caballero con bigote fino y gesto serio, guardándose la explicación.

La comitiva siguió su camino sin mirar atrás. La costumbre enseña a ignorar los ojos ajenos.

—¿Qué le parece, don Jorge? —preguntó Godin, sin apartar la vista de la ciudad.

—Calculo entre cincuenta y sesenta mil almas —respondió Juan, ajustándose el sombrero contra el viento, como quien mide más que estima.

Las calles eran empinadas, rectas como regla de geómetra, y ascendían entre casas de adobe pintadas en tonos ocres y rojizos, con balcones de hierro forjado y celosías de madera que dejaban entrever más sombras que luz. No se veía un solo carro. Solo algunas sillas de mano transportaban a señoritas envueltas en sedas y encajes, con el gesto ausente de quien ya se ha rendido al altiplano.

—Fíjese, Monsieur Godin —señaló Juan, con la calma del ingeniero que toma nota mental—, esas casas construidas sobre arquerías para salvar el barranco. Arquitectura adaptada a la altitud... y al peligro.

—Impresionante —murmuró el francés, resollando tras el último repecho.

Al llegar a la plaza Mayor, la ciudad los esperaba en silencio. La Casa del Cabildo, la Real Audiencia, la Catedral y el Palacio Episcopal cerraban la explanada como los cuatro muros de un castillo.

Un hombre rechoncho, de uniforme azul con solapas doradas y peluca empolvada, salió a recibirlos rodeado de un séquito que parecía más ornamental que útil. Sujetaba con una mano su sombrero de dos picos, para que el viento no se lo llevara. Lo hacía

con dignidad, pero también con resignación: el viento de Quito no respetaba ni rangos ni pelucas.

—¡El excelentísimo señor don Dionisio Alsedo y Herrera, presidente de la Real Audiencia de Quito! —gritó un sargento con voz de mando.

Juan y Ulloa se inclinaron con la precisión que exige la etiqueta y permite el orgullo.

—Nada de protocolos, caballeros —dijo Alsedo con voz festiva, aunque en su mirada no había ni rastro de fiesta—. Bienvenidos a Quito. Hace días que los esperábamos. Confío en que su estancia sea provechosa para la ciencia... y para la corona.

—Muy agradecidos, señoría —respondió Juan—. Teniente de navío Jorge Juan. Este es Monsieur Louis Godin, jefe de la expedición francesa.

El pueblo vitoreó, pero Juan estaba pendiente de otra música. En las escalinatas de la Catedral, un grupo de caballeros y hacendados los observaba en silencio. Había algo en sus gestos, en la forma en que hablaban bajo y señalaban sin disimulo, que olía a pólvora sin encender. Uno, de bigote afilado, apoyó una mano enguantada sobre el pomo de su espada. Juan no lo miró. Pero lo adivinó.

—Estarán cansados —prosiguió Alsedo—. Por ahora, se alojarán en el Palacio de la Audiencia, hasta encontrar una casa adecuada. No es un lugar muy cálido, pero aquí el frío es temperatura y es altura. No olviden que estamos a más de ochomil seiscientos pies, rodeados de montañas que rozan los quince mil. Respiren con calma, si pueden.

Una ráfaga de viento le arrancó el sombrero. Lo atrapó al vuelo maldiciendo entre dientes.

—En cuanto a sus equipajes, serán entregados tras inspección. El contrabando aquí es un quebradero de cabeza —añadió, clavando la mirada en la comitiva francesa como si ya sospechara de cada caja.

Juan notó la tensión en la mandíbula del presidente, que seguía lanzando vistazos al grupo de la escalinata. No eran solo curiosos. Y Alsedo sabía por qué.

—Queda perfectamente entendido, señoría —dijo Juan, en tono neutral.

—Perfecto —asintió el presidente, aunque el gesto no alcanzó a los ojos. De pronto, se volvió hacia Godin.

—¿Pero no eran ustedes dos españoles y diez franceses?

Godin vaciló un instante. El tipo de pausa que deja la guardia baja.

—Así es, señoría. Pero dos científicos tomaron otra ruta. Llegarán en unos días.

—¿Dos franceses viajando solos? —repitió Alsedo con lentitud, rumiando el absurdo.

Godin tragó saliva. El resto de la comitiva francesa empezaba a removarse.

—Tomaron otra ruta para realizar mediciones —repitió, con tono más bajo.

Alsedo inspiró hondo. Su mirada pasó de Godin a Juan como una cuchilla en equilibrio.

—¿Sabían ustedes que las órdenes de Madrid prohibían esto?

Godin apenas logró asentir antes de que la voz del presidente se alzara como un disparo:

—¡Pues yo sí! ¡Y también sé que el secretario Patiño no tendrá la menor indulgencia cuando informe a Lima!

El murmullo entre los franceses creció como una marea de incomodidad. Juan no apartó la vista de Alsedo. Sabía reconocer a un hombre que, cuando se enoja, no necesita alzar la voz: Alsedo lo había hecho para que todos supieran que aún podía alzarla más.

—Den por hecho que enviaré hombres a buscarles. ¡Y si se resisten, que los traigan arrastrando!

Se ajustó la casaca con movimientos bruscos, buscando poner orden en la tela porque no lo encontraba en lo que veía.

Antes de girar, echó un último vistazo a los caballeros de la escalinata. Luego bajó la voz, pero no el tono.

—Vamos, adentro. Descansen, caballeros. Esta noche hablaremos largo. Hay más cosas que discutir de las que parece.

Un ordenanza les indicó el camino. Juan echó una última mirada a la plaza antes de cruzar el umbral de la Audiencia.

No era un hombre dado a presentimientos. Pero algo —quizá el viento, quizá la forma en que aquel hombre del bigote los observaba sin parpadear— le decía que lo difícil estaba aún a la espera.

El viaje había sido largo y penoso, de esos que gastan suelas y ánimos, y al cruzar el pasillo oscuro y encerado, Juan y Ulloa llegaron a su habitación arrastrando fatiga y silencio. Sin prisa, como marinos viejos, deshicieron el equipaje mientras el crepitar de la chimenea, que alguien había tenido la cortesía de encender, iba llenando la estancia con el olor reconfortante de la leña quemada.

—¿Viste el grupo que nos observaba desde las escaleras de la catedral, Antonio?

—Vaya si lo vi —respondió Ulloa, ajustándose la camisa con gesto escéptico—. No parecíamos caerles en gracia. Ya sabes: cuando San Telmo en cubierta brilla, más vale cerrar escotillas.

Juan torció la boca en una sonrisa agria.

—Quizá sea mejor no saber ni quiénes son ni qué buscan.

Ulloa cogió el atizador y hurgó las brasas. El fuego se avivó, y en sus ojos oscuros parpadeó un destello de nostalgia.

—Hace más de un año que salimos de Cádiz, Jorge, y es la primera vez que algo me recuerda a un hogar.

—Poco hogar tuvimos nosotros —replicó Juan, sentándose en una cama con las manos entrelazadas sobre las rodillas, mirando al suelo con gravedad.

—No te falta razón —aceptó Ulloa con voz distante—. Con trece años ya andaba yo embarcado entre Cádiz y Cartagena, sirviendo en la Carrera de Indias. Pero Sevilla es Sevilla.

Juan esbozó una sonrisa seca, casi melancólica.

—Ventura la tuyas. Mi historia es distinta: nací en Novelda y a los dos años ya era huérfano de padre. Mi madre nos llevó a Elche y luego Alicante con mi tío Antonio. Con diez me envió a Zaragoza con mi tío Cipriano y, dos años después, a Malta con la Orden Hospitalaria de San Juan. Mis recuerdos, Antonio, son como cartas barajadas sin orden ni concierto. Mi único hogar es la mar, mi Orden y mi rey.

Ulloa lo observó con afecto, apartándose del fuego.

—No te aflijas, compañero. Sea como sea, aquí se está bien.

—Ya lo creo —asintió Juan, levantándose resuelto—. Y puesto que faltan aún un par de horas para el convite de don Dionisio, convendría poner en orden nuestros asuntos.

La habitación era sobria pero digna: dos camas robustas separadas por un biombo de caña, una mesa alargada con dos sillas junto a la ventana que daba vista a la Capilla Real y al pequeño jardín del convento vecino, y un armario que completaba el conjunto. Ulloa se acercó a la ventana, asomándose con curiosidad.

—Esto parece Sevilla, aunque más frío, claro —comentó con ironía, antes de volverse hacia Juan con gesto grave—. ¿Qué opinas tú de los franceses? No tuvimos ocasión de hablarlo en privado.

Ulloa empezó a tender libretas y papeles sobre la mesa ordenadamente: aquí “noticias históricas de los parajes”, “guarniciones, organización y puertos”, “lugares, su ambiente y su temperamento”, “lo concerniente a indios, así reducidos como infieles”, allá apuntes sobre flora, fauna y “noticias de minas”. Mientras, Juan iba sacando, de un estuche de cuero, planos de costas, bahías, ciudades, ríos y varios cuadernos. Después ordenó los avíos de escribir sobre la mesa.

—Me inquietan —admitió Juan mientras ordenaba—. La Condamine y Bouquer desde el principio han cuestionado el mando de Godin. La Condamine es agudo, testarudo e imprevisible. Un verso libre. Bouquer, aunque sabio, parece incapaz de contener su mal humor.

—Y Godin, con toda su sabiduría, carece del carácter para imponerse —añadió Ulloa con voz sentenciosa—. El resultado es que nos ven como intrusos, gentes de poca categoría.

—Así es —admitió Juan—. Perros y gatos, Antonio. Tampoco La Condamine y Bouquer se entienden. Y nosotros en medio, intentando mantenernos a flote. Será complicado.

Ulloa sonrió con cierta sorna sevillana.

—Cautivador panorama, desde luego. Bonita convivencia nos espera.

Juan asintió serio.

—Y recuerda las instrucciones de don Dionisio: jamás dejarlos a solas. Nuestra misión es clara. Ver, oír, aprender... y apuntar cada detalle.

—Así se hará, no tengas duda.

El silencio se rompía solo con el sonido suave del fuego consumiendo madera.

—Parece que son sabios y competentes —Juan miró con preocupación las llamas—, pero me inquieta la falta de instrumental y de los fondos prometidos. Godin confesó que ellos también están escasos. Habrá que informar a don Dionisio.

—Embarazoso asunto —reconoció Ulloa, abriendo la puerta—. Regreso en breve, voy a buscar tinta. Esperemos que en la Audiencia no escasee también eso —cerró guiñando un ojo, pero enseguida volvió a abrir la puerta—. Aunque si los rumores sobre falta de suministros son ciertos, puede que los problemas sean más serios de lo que sospechábamos —y esta vez cerró, dejando en el aire un poso de inquietud.

La cena empezó puntual, a las nueve, con ese orden impecable que se acostumbra en ciertos ambientes. Doña María Luisa Bejarano, joven y guapa esposa del presidente, lucía aquella noche elegante y coqueta: almilla azul celeste sobre camisa blanca y faldellín del mismo color con encajes blancos, peineta de carey en el cabello oscuro y sonrisa educada pero sagaz. Alsedo presidía la mesa, ataviado con uniforme de gala, junto a su mujer, mientras Godin y Juan ocupaban los asientos enfrentados.

—Dice mi marido que es usted sevillano, don Antonio — comenzó la anfitriona, sonriendo con interés hacia Ulloa.

—Así es, señora, sevillano hasta el tuétano —respondió Ulloa con ese acento afilado y jovial—. Sevillano y orgulloso de mi tierra.

—También yo nací allí, cuánto añoro esa ciudad tan hermosa.

—Nunca he estado en Sevilla —terció el joven cirujano Seniergues, que rondaba los veintiocho años y se había acicalado a la parisina, inclinándose hacia la anfitriona—, la fama de la ciudad es notoria, pero la hermosura de sus mujeres es proverbial. Estoy deseando poder conocerla.

La anfitriona esbozó una sonrisa tensa, desviando la mirada.

—¿Tienen ustedes hijos? —intercedió Ulloa. La dama lo miró agradecida.

—Claro, tres: Ramón, Antonio y Andrea, que nació hace apenas dos meses —miró a Alsedo con cariño—. Además, mi marido tiene otra hija mayor, Leonor. Hace poco la casamos con don Juan de Valparda, el fiscal de la Real Audiencia. Tenían que haber visto qué bonita boda.

—Qué alegría —dijo el marino marcando su acento sevillano—. Tiene que haber sido lo más grande.

La mujer del presidente asintió, tímida.

—Este vino —interrumpió el presidente— lo he traído personalmente desde Toledo, confío en que sea de su agrado y

disfrutemos de una gran velada, no hay tantas ocasiones en esta Audiencia.

—Es exquisito, señoría.

—Por favor, nada de formalismos en esta cena. Estamos entre amigos, ¿no? —dijo Alsedo con ojos levemente achispados.

Ulloa, rápido, alzó su copa.

La conversación giró entonces hacia asuntos más serios mientras los criados iban sirviendo, discretos y atentos, los platos de la deliciosa gastronomía quiteña, desde el ají de gallina hasta las exóticas humitas. Alsedo, algo alegre por el vino, quiso ir al grano sin más cháchara.

—Vamos, vamos, ¿qué tal marchan sus trabajos? Sepan que estamos aquí para apoyar la misión encomendada por Su Majestad y promovida por don José Patiño con la finalidad de “medir la longitud de un grado del meridiano”. ¿Podrían explicar qué es eso exactamente?

Godin tomó la palabra y expuso el propósito último de la expedición científica: dilucidar la forma del elipsoide terráqueo, bien como una naranja, bien como un limón, y por qué se había elegido la provincia de Quito para llevarla a cabo.

—Además de que Quito está virtualmente sobre la línea del ecuador —explicó—, solamente unos trece minutos al sur de esa línea, creemos que la orografía puede facilitar las correctas mediciones. Me explico: el meridiano es la línea imaginaria que une el punto donde se encuentra el observador y los polos norte y sur. Pues bien, se trata de medir la distancia entre dos puntos de esa línea que estén separados una buena distancia y conocer, igualmente, el arco en grados, que forma el meridiano entre esos dos puntos. El cociente entre esas distancias, la lineal y la angular, nos permitirá conocer el valor de un grado, aquí, en el ecuador de la Tierra.

Se volvió hacia la esposa del presidente.

—Espero no estar aburriéndola, señora.

—En absoluto, Monsieur Godin. Me resulta fascinante escucharle.

—Muchas gracias, madame —respondió aliviado—. Pues bien, una vez elegido el meridiano de trabajo y los puntos que delimitarán la medición, lo primero es conocer las latitudes de esos puntos y con ello el arco en grados. La latitud la mediremos por procedimientos astronómicos.

Hizo una pausa para beber.

—Por otro lado, el fundamento teórico de la medición de la distancia lineal consiste en trazar sobre una espaciosa franja del terreno una red de triángulos enlazados entre sí, cuyos vértices sean lugares singulares como cumbres de montañas o accidentes geográficos bien visibles a distancia. Esa espaciosa franja deberá estar orientada según el meridiano y contener los dos puntos, con lo que, por medio de sencillas operaciones trigonométricas, obtendremos la distancia lineal entre ellos. ¿Me sigue, señoría... perdón, usted?

—Prosiga —dijo Alsedo moviendo la mano—, es muy interesante. Aunque lo de que la orografía puede facilitar las mediciones me resulta altamente cuestionable. Aquí la orografía no facilita nada. Ustedes, acostumbrados a las comodidades de la vida cortesana parisina —señaló a los franceses— ya tendrán ocasión de comprobarlo.

—Por la ciencia y por la patria prevaleceremos, señoría, por eso estamos aquí —contestó Godin—. Permítame concluir, explicando cuál es justamente el primer trabajo que debemos realizar: esa red de triángulos enlazados entre sí de la que le hablaba hace un momento debe partir y apoyarse en una base, en un lado de triángulo del que debemos conocer con precisión su longitud.

Los criados comenzaron a servir de una vasija grande de metal, redonda y poco profunda, un refresco de zumo de frutas frescas con azúcar y hielo con una textura pastosa.

—Delicioso, señora —dijo Ulloa. Los demás asintieron.

—Excelente banquete, madame —agradeció Seniergues con esa cara del que quiere conquistar un castillo.

—La *Académie* pronto va a enviar —proseguía Godin mientras sacaba un pliego de su bolsillo —una expedición lo más cercana posible al polo norte, encabezada por nuestro colega Monsieur Maupertius. Su intención allí es la misma que la nuestra: medir sobre el meridiano la distancia y el arco entre dos puntos. Por comparación de los resultados de nuestra expedición con los de nuestros colegas en el polo, podremos concluir de manera definitiva las dimensiones del planeta.

—Brillante —exclamó Alsedo.

Godin se apoyó sobre el respaldo de la silla para seguir su explicación.

—Para que lo entienda, señoría —continuó Godin—, la *Académie* valoró todas las opciones antes de elegir este destino. Consideraron las islas de Borneo y Sumatra, pero las descartaron por su falta de presencia europea y su geografía abrupta. África fue otra posibilidad, pero las regiones ecuatoriales están habitadas por pueblos a los que sería casi imposible acceder. Incluso se pensó en la isla de Santo Tomé, pero su tamaño la hace poco útil para nuestras mediciones. Al final, el único territorio viable era América.

Alsedo frunció el ceño, girando ligeramente la copa de vino en la mano.

—Vaya... América, entonces. Pero ¿por qué Quito en particular?

—Porque la costa del Amazonas, aunque más cercana a Europa, es terreno selvático difícil de atravesar y aún más complicado de cartografiar. Aquí, en cambio, tenemos montañas bien alineadas de norte a sur, no lejos del mar, perfectas para nuestras triangulaciones —concluyó Godin.

— ¡Pero esto no es la costa! — protestó Alsedo.

—Precisamente, excelencia, la costa no ofrece referencias claras para nuestras triangulaciones —contestó Godin, paciente—. El

valle quiteño, con sus montañas alineadas de norte a sur, es idóneo, pese al esfuerzo físico que sin duda nos exigirá.

—Ocasión tendrá de comprobarlo, Monsieur Godin —sentenció Alsedo—. Un trabajo arduo y una intemperie despiadada. Lo verá. El frío es traicionero allá arriba, se cuela hasta los huesos, aún bajo las mejores capas de abrigo. Y el aire... cada aliento se vuelve más corto y viciado.

La anfitriona, levantándose con elegancia, indicó que la hora se había hecho tarde. Se retiraba. Todos se pusieron en pie para despedirla; ella tomó a Ulloa por el brazo, dedicándole una sonrisa cómplice.

—Nos veremos en Sevilla, don Antonio.

—Será un placer, señora —dijo inclinándose a besar la mano de la dama.

Tras las despedidas formales, Alsedo dejó escapar un suspiro y se apoyó contra el respaldo de la silla. Miró su copa, luego a sus invitados, como sopesando algo.

—Caballeros —dijo al fin, con una sonrisa ladeada—, hemos hablado suficiente de ciencia. Vengan conmigo al gabinete, bebamos y hablemos de cosas más agradables.

La sala era cuadrada, luminosa, con esa luz amable que invita a la sobremesa tranquila, presidida por una amplia mesa baja rodeada por sillones forrados con pieles de llama. Sobre ella, la servidumbre había dispuesto con elegante precisión una caja de puros habanos, tabaco, copas estrechas y una botella con un líquido transparente. Alsedo tomó un puro, lo encendió con placer ceremonial y se acomodó con gesto satisfecho. Pronto se le unieron el cirujano Seniergues, el cartógrafo Verguin y Ulloa.

—Este licor es magnífico, ¿cómo lo llaman exactamente? — preguntó con interés Monsieur Morainville, el dibujante.

—Pisco. Aguardiente destilado de uvas por los indios. Una joya local —aclaró Alsedo con orgullo sincero.

—Excelente colofón a la cena —completó Godin, apurando su copa con placer contenido.

Alsedo aspiró el humo con gesto pensativo, antes de lanzar una pregunta directa y afilada como el acero de una daga:

—Y díganme, caballeros, ¿qué ocurre exactamente para que dos miembros de su expedición anden extraviados por estos caminos de la provincia de Quito? Algo grave, supongo.

Juan se adelantó a explicar con tono calmado.

—Permítame ponerle al día brevemente sobre lo sucedido hasta llegar aquí.

—Adelante, don Jorge —concedió Alsedo, asintiendo levemente.

—Hace unos seis meses, en Cartagena de Indias, debatimos cuál sería el mejor camino hacia Quito: o bien por tierra hasta Popayán, o bien por vía marítima pasando por Portobelo, Panamá y Guayaquil. Debido al delicado instrumental científico y a los muchos pertrechos que traímos, no hubo duda en escoger la ruta marítima, siguiendo el sabio consejo del gobernador, don Pedro Fidalgo.

Seniergues daba profundas bocanadas a su puro. Al punto, lo observaba con la calma de quien encuentra en el humo un placer que no admite prisas.

—Tomaron la decisión correcta. El camino por Popayán es angosto y precisa reformas —opinó Alsedo con aprobación.

—Así pues, el 25 de noviembre zarpamos a bordo de la balandra francesa *Le Vantour*, llegando cuatro días después a Portobelo, donde cumplimos formalmente con los trámites aduaneros. La juzgamos ciudad triste y solitaria cuando no hay feria, de clima húmedo y asfixiante.

—Bien la conozco —añadió Alsedo con gravedad—. Lugar malsano, de fiebres y vómitos negros. Difícil vivir allí.

Juan continuó.

—Allí esperamos las embarcaciones que solicitamos al presidente de la Real Audiencia de Panamá para cruzar el istmo remontando el río Chagres. El día 27 desembarcamos en la Venta de Cruces, donde revisaron por segunda vez nuestro equipaje con rigor de sabuesos. Le aseguro, señoría, que allí se toman muy en serio lo del contrabando. En suma, el 29 ya estábamos en Panamá.

Juan hizo una pausa breve para beber pisco y aclarar la garganta.

—Allí nos demoramos más de lo previsto, faltaba una embarcación adecuada. Aprovechamos para realizar diversas mediciones científicas, hasta que el 22 de febrero embarcamos hacia Guayaquil en un navío llamado *San Cristóbal*, cuyo capitán, Juan Manuel Moral, resultó ser pésimo navegante, inexperto e incapaz.

Juan evitó mencionar las crecientes tensiones entre Godin, La Condamine y Bouguer durante la travesía.

—Antes de alcanzar Guayaquil, el *San Cristóbal* hizo escala en la bahía de Manta para realizar la aguada. Allí desembarcamos con intención de explorar la viabilidad del terreno para iniciar las triangulaciones costeras.

—Precisamente allí comprobamos que resultaba impracticable, dada la espesura selvática —intervino Godin, puntualizando.

Juan asintió.

—Y también allí comenzaron las discrepancias. Monsieur La Condamine insistía obstinadamente en quedarse y realizar las mediciones costeras, según él, para evitar la ascensión por la Sierra Caracol.



—Aquí desembarcamos, caballeros —anunció La Condamine con firmeza—. Las playas y estos llanos son ideales para iniciar nuestra triangulación.

—Lo prudente es seguir la ruta prevista por Guayaquil y la Sierra Caracol hasta Quito —replicó Godin, intentando sonar conciliador.

—Si establecemos aquí una buena base —añadió Bouguer, apoyando la postura del químico—, podremos subir triangulando hacia Quito. Obtendremos una altimetría geométrica, más precisa que la barométrica.

—Disculpe —intervino Juan tratando de reconducir la situación—, Monsieur Bouguer, lleva usted razón técnicamente, pero nuestras instrucciones son claras, y nos esperan en Guayaquil.

La Condamine agitó la mano con gesto desdeñoso, posponiendo la discusión. Al amanecer siguiente, desembarcaron en la playa. Mientras la marinería hacía provisiones de agua dulce y leña, visitaron brevemente el cercano pueblo de Monte Cristo, que era apenas un caserío mísero y desolado.

—Este terreno costero es llano, pero denso en vegetación y quebrado —señaló Godin con gravedad—. La triangulación aquí será complicada. Además, ignoramos completamente cuál es la ruta hacia Quito desde estos parajes. Sugiero hacer noche aquí únicamente para realizar las observaciones astronómicas, y partir mañana hacia Guayaquil.

Nadie lo contradijo de inmediato, pero la tensión era palpable.

Esa noche durmieron bajo un refugio improvisado de palmas y ramas, acomodados en hamacas. Al amanecer, el enfrentamiento se hizo inevitable. Alrededor de una fogata, donde los marineros habían dispuesto el desayuno, La Condamine y Bouguer tomaron la palabra.

—Le comunico, Monsieur Godin —dijo La Condamine en tono seco—, que Monsieur Bouguer y yo permaneceremos en Manta para proseguir con nuestras observaciones, y subiremos después hacia Quito por el río Esmeraldas. Ya nos reuniremos en la ciudad.

Godin se quedó paralizado, sorprendido por la resolución repentina. Juan reaccionó de inmediato.

—Señores, eso no es posible —protestó con firmeza, alzando una mano para dar énfasis.

—Hay mucho trabajo aquí, caballero, aunque quizá usted no tenga los conocimientos para apreciarlo —replicó La Condamine inflamado y grosero—: determinar dónde la costa cruza la línea del ecuador, observar el eclipse lunar del 26 de marzo y, sobre todo, realizar las triangulaciones geométricas para las que vinimos. Ustedes verán si prefieren esperar ociosos en Guayaquil la llegada de sus mulas.

Bouguer asentía lentamente, apoyando en silencio a su compañero, mientras Godin parecía desbordado.

—Pero ese eclipse puede observarse perfectamente desde Guayaquil —intentó razonar Godin con torpeza, jugando su última carta sin demasiada convicción.

—Messieurs, paso por alto la alusión a mi falta de conocimiento —dijo Juan poniéndose de pie, con una calma fría que dejaba entrever tensión contenida, pero peligrosa—. Pero esta decisión suya no solo los pone en peligro innecesario, sino que contraviene claramente lo establecido por Su Majestad para esta expedición. La ruta a Quito es remontando el río Guayas hasta Caracol, para después seguir hacia Guaranda y Ambato por la ruta del Chimborazo. Ustedes pretenden atravesar un territorio inhóspito, escasamente conocido y peligroso. Y aún deberán enfrentarse al Pichincha.

—La medición costera es más lógica y económica —insistió La Condamine—. En tiempo y en recursos.

—No discuta más, oficial —terció Bouguer con el tono decidido de quien no quiere seguir conteniendo—. La decisión está tomada. Si ustedes no quieren medir aquí, está bien, pero hay otros trabajos que hacer con gran provecho. Llevaremos nuestras cédulas reales, por supuesto. Antes de partir, tengan a bien dejar nuestro equipaje en tierra, mantenimientos suficientes y, desde luego, el

cuarto de círculo de doce pies y los instrumentos necesarios para nuestro trabajo.

• •

—Esto es absolutamente intolerable, caballeros —tronó Alsedo, poniéndose de pie y agitando el puro como si fuera una daga—. Jamás debieron permitirlo. Ya es bastante grave el contrabando en estas tierras como para sumar dos rebeldes ciudadanos de una potencia extranjera vagando sin control alguno. ¡Espionaje puro y duro! Inadmisible, señores, inadmisible.

Alsedo aspiró con fuerza del habano y expulsó el humo lentamente, buscando serenidad en el tabaco.

—Lo arreglaremos, descuiden. Continúen.

«Este hombre es de mecha corta», pensó Juan, observándole con cautela.

—Aquella misma tarde, el *San Cristóbal* levó anclas — prosiguió Juan—. Pese a las corrientes contrarias, conseguimos arribar a Guayaquil el 24 de marzo.

—Justo a tiempo para el eclipse, entonces —apuntó Alsedo.

—Desgraciadamente el cielo aquella noche nos jugó una mala pasada —intervino Godin con gesto resignado—. Imposible observar nada.

—Mala fortuna, desde luego.

—El camino desde Guayaquil lo conoce bien, señoría —añadió Juan.

—Nos llegó noticia de ustedes cuando el alcalde Vera solicitó mulas y bauleros en Caracol para recogerlos.

—Así es. El 3 de mayo iniciamos la navegación río arriba, recorriendo las veintiocho leguas del Guayas hasta Caracol. El calor en el río era sofocante. En algunos tramos, el agua estancada despedía un hedor espeso, y los insectos se pegaban a la piel con una ferocidad inhumana.

—¿Tan poco les gustó el Guayas?

—Terrible —respondió Jussieu con su acento francés tan marcado como su desdén—. Terrible y espantoso. Aguas amarillas, caimanes al acecho, vegetación tan densa que habría que cortarla con sable. Pero lo peor, créame, fueron los mosquitos. Millones. Feroces, implacables, insaciables. Preferiría enfrentarme desarmado a un caimán antes que volver a cruzar ese pantano con vida.

La sala estalló en risas. No porque exagerara —que lo hacía—, sino porque todos sabían que no mentía del todo.

—Ciento —asintió Juan—. El río era pestilente en muchos tramos, pero hubo quien se metió en el agua hasta el cuello solo para escapar de los condenados mosquitos. Imagine usted nuestras caras... hinchadas como calabazas.

Alsedo soltó una carcajada sincera. Era la primera vez que lo veían relajarse.

—En Caracol tuvimos que esperar un par de días a que llegaran las mulas y los indios bauleros —continuó Juan—. Luego seguimos la ruta del Chimborazo hacia Guaranda, por caminos donde, más que andar, se sobrevivía. Barrancos, lodazales, y una cuesta infernal llamada San Antonio: nueve horas para avanzar media legua. Lodo traicionero, aire cada vez más fino, y mulas que resbalaban como marineros borrachos en cubierta mojada.

Alsedo asentía lentamente, saboreando su puro como si cada palabra trajera un recuerdo o un reproche.

—Después, rumbo a Ambato, pasada la garganta del puerto, se nos apareció el Chimborazo. Blanco, inmenso, altivo. Hermoso, si no fuera porque nos hizo pasar las noches más frías desde que pisamos América. Cero grados, capas mojadas, y el frío trepando por los huesos como un enemigo que no duerme. Pasamos por Riobamba, luego por Latacunga, hasta que finalmente entramos en Quito.

—Háganse a la idea, señores —dijo Alsedo, apuntándolos con el habano encendido, que dictaba sentencia—. Si van a instalar sus instrumentos en esas alturas, van a disfrutar de lo mejor de nuestra tierra: nieve, viento, y el cariño húmedo de la cordillera. Un lujo, vaya.

Juan cruzó una mirada con Godin. El francés parecía estar reuniendo valor para retomar la brega.

—Una última cuestión, excelencia, si me lo permite —dijo, recobrando el tono ceremonioso de quien va a pedir algo que no quiere pedir.

—Diga, Monsieur Godin.

—Nuestros fondos, me temo, están en las últimas. Solo nos restan 327 pesos. Si pudiera facilitarnos un préstamo, la *Académie* lo devolverá puntualmente.

—No se preocupe, Monsieur Godin —respondió Alsedo, con la sonrisa ambigua de quien no quiere pillarse los dedos—. Lo trataremos con las Cajas Reales. Ahora descansen ustedes, que buena falta les hace. Nosotros nos ocuparemos de localizar a sus compañeros... descarriados.

Se puso en pie y apagó el puro contra un plato decorado con motivos incas, como si estampara un sello sobre el asunto.

—Mañana están invitados a recepciones aquí mismo, con las principales autoridades civiles y eclesiásticas. Quito no es París, ni Lima... pero les permitirá conocer a lo más selecto de nuestra sociedad. Que tengan buena noche.

Todos se levantaron con respeto. El presidente ya estaba en la puerta cuando se volvió una vez más.

—Y espero que, para cuando volvamos a hablar, sus compañeros descarriados estén ya donde deben estar.

La frase cayó como una piedra en el silencio. Los expedicionarios se miraron unos a otros, cada cual midiendo el peso exacto de lo que acababan de oír. Luego, en silencio, se retiraron tras el presidente.

Quito, 29 de mayo de 1736

Quito, 30 de junio de 1736

—Su señoría se reunirá con ustedes en breve. Tengan la bondad de esperar aquí —anunció con fría cortesía don Miguel Cervera, secretario madrileño de Alsedo, vestido con una elegante chupa gris topo.

Señaló displicentemente un banco forrado de terciopelo rojo en el corredor del palacio de la Real Audiencia, y desapareció tras una puerta doble de caoba.

—Hoy no hay recepción, sino reprensión —murmuró Juan. Ulloa esbozó una sonrisa leve, cómplice, sin alegría.

Desde su llegada a Quito habían conocido a buena parte de la alta administración quiteña, incluyendo al obispo Polanco y al rector del colegio de los jesuitas, don Ignacio Hormaegui. Hacía apenas unos días que Alsedo los había trasladado desde el palacio a una casa particular cercana a la plaza Mayor, junto a la parroquia de Santa Bárbara, asignándoles un matrimonio de indios para el servicio doméstico. La vivienda tenía una cómoda azotea, ideal para instalar los instrumentos astronómicos, convirtiéndola en centro operativo para españoles y franceses. Todo avanzaba según lo previsto... salvo por ciertos movimientos recientes de algunos franceses, lo bastante sutiles para parecer inocentes, y lo bastante torcidos para que nadie los pasara por alto. Los ánimos empezaban a tensarse. Y con razón.

—Pasan, caballeros —dijo finalmente Cervera, reapareciendo con gesto sombrío y grave.

Cruzaron una antesala decorada con dos mesas austeras y penetraron en un amplio despacho donde Alsedo, visiblemente irritado, paseaba con zancadas rápidas mientras daba hondas caladas a su puro.

—Siéntense, señores. Y explíquenme con claridad lo de ese francés que anda traficando mercancía ilícita en mi ciudad.

Juan y Ulloa se parapetaron frente al escritorio de caoba. Alsedo aplastó el puro en un cenicero de cristal, cruzó las manos sobre el tafilete verde, y señaló al secretario.

—Don Miguel, quédese.

El secretario permaneció de pie, discretamente detrás del presidente. Juan empezó su exposición con serenidad calculada.

—Cronológicamente, excelencia: como usted ya sabe, de los dos, el primero en alcanzar Quito fue Monsieur La Condamine. Tras separarse en Manta, realizó mediciones en la costa para marcar el punto exacto del Ecuador, en un sitio llamado Punta Palmar, dejando allí una inscripción.

—Habrá que comprobarlo. Siga.

—Después, junto a Monsieur Bouguer, se presentó en Puerto Viejo ante el lugarteniente del corregidor. Allí decidieron separarse: La Condamine quiso remontar el río Esmeraldas hacia Quito; Bouguer consideró esa ruta impracticable y optó por Guayaquil, siguiéndonos con retraso.

—Sí, estoy informado —replicó Alsedo con impaciencia—. O sea, hemos tenido un francés solo, sin guía alguno, metido por barrancos y selvas imposibles. ¿Héroe o embustero? Continúe.

—Al parecer La Condamine logró llegar a un pueblo llamado Nono, ayudado por un fraile franciscano. Luego, atravesando las faldas del Pichincha, alcanzó Quito el 4 de junio.

—Y una vez aquí se aloja en el colegio jesuita sin dar aviso alguno a las autoridades —replicó Alsedo con acritud—. O sea, a mí.

—Él alega enfermedad y agotamiento, además de haber sido despojado de sus pertenencias. Poco después, llegó Monsieur Bouguer, quien recogió parte de nuestro equipaje en Caracol. Durante su estancia con los jesuitas, La Condamine decidió organizar un improvisado mercadillo con mercancía francesa para cubrir sus deudas.

—No tan improvisado: contrabando premeditado —interrumpió Alsedo golpeando la mesa con la palma abierta—. Aquí hubo venta de sábanas de Holanda, tafetanes, chupas, pistolas, y hasta espadas. ¡Un escándalo en toda regla!

Se volvió y miró severamente a Cervera, quien asintió en silencio.

—Esto es intolerable. Hablaré con el padre Hormaegui. Don Miguel, organice una reunión inmediatamente con él y con ese francés. ¿Dónde se creerá que ha venido?

—Así lo haré, excelencia —respondió el secretario saliendo rápidamente del despacho.

Cuando Alsedo hacía ademán de levantarse, Juan intervino.

—Con permiso, señoría, hay algo más que necesitamos aclarar.

—Diga, teniente —respondió Alsedo dejándose caer sobre la silla, a la espera una mala noticia.

—¿Qué ocurre con los criollos en Quito? Desde nuestra llegada parecen rechazarnos ostensiblemente.

—Apenas hemos visto a ninguno —agregó Ulloa—. Y en las recepciones dispuestas por vuestra excelencia brillan por su ausencia. Solo hemos conocido a algunos miembros del cabildo secular y, aun entonces, con malos modos.

Alsedo suspiró y reclinó la espalda, mirando distraídamente hacia la ventana. Allí debía de estar la respuesta. O lo parecía.

—No se preocupen ustedes, esto viene de lejos. Desde inicios de este mismo año, las cosas se han enrarecido entre criollos y chapetones.

—¿Chapetones somos los peninsulares?

—Todo europeo aquí es chapetón —puntualizó Alsedo con una media sonrisa—. Ustedes incluidos, por supuesto. Y también los franceses. Que no se les olvide.

Se inclinó hacia ellos, con el tono de quien está a punto de abrir una caja vieja llena de polvo y cuchillas.

—Verán, la situación está envenenada desde hace años. Todo por la elección de los corregidores seculares del cabildo de Quito. Un asunto que en teoría es menor... si no fuera por las rencillas de la Compañía de Jesús y el orgullo criollo, que arde más que el sol del altiplano. Hace cinco años, el rector Hormaequi —chapetón, naturalmente— fue vetado por la facción criolla. Entonces vino desde Roma el padre Zárate a imponer orden. El resultado: varios jesuitas criollos desterrados y un resentimiento que no cabe en ningún catecismo.

—Esto —añadió, bebiendo un sorbo de agua con el gesto de quien saborea más vinagre que alivio— ha partido a Quito en dos. Y no en dos mitades iguales.

Se volvió hacia sus papeles, con la eficiencia impersonal del funcionario veterano, y extrajo un documento con manos que sabían lo que firmaban.

—Hubo levantamientos. Tímidos, pero levantamientos. Y ahora los criollos, en compensación, exigen reelegir corregidores afines a su causa. Lo prohíben las leyes de Indias. Pero insisten. El virrey Villagarcía y yo, naturalmente, hemos nombrado chapetones. Leales. Leales a la corona, quiero decir. ¿Qué esperaban? ¿Que los dejáramos gobernarse solos? ¿Que decidieran quién manda en nombre del rey?

Guardó el papel con escrupulosidad: la respuesta estaba escrita antes de la pregunta.

—Han recurrido al virrey, claro. Y el virrey, con ese tacto diplomático que tanto tranquiliza, los ha reprendido por actuar "movidos por sentimientos privados". Sentimientos privados... —repitió con sorna—. Como si esto no fuera, y siempre haya sido, una cuestión de poder. Y dinero.

Bebió de nuevo y dejó el vaso sobre la mesa sin mirarles.

—Y yo, caballeros, no pienso tolerar ningún desorden.

—Quizá rebajar la tensión evitaría males mayores, excelencia —sugirió Ulloa, con cautela de fajador joven.

—Sin duda —respondió Alsedo—. Pero hablamos de criollos. No razonan. O no quieren. Lo que quieren, lo exigen. Y lo que exigen... no lo entienden.

Juan intervino con calma:

—Temíamos ser causa de más problemas.

—No se preocupen —replicó Alsedo, poniéndose en pie como quien da por terminado un debate—. Esto no empezó con ustedes. Y si estalla, tampoco acabará aquí. No es asunto suyo.

Los acompañó hasta la puerta. El gesto era cortés. La tensión, no.

Ulloa miró a Juan. Incómodo, apenas asintió, cerrando los ojos un segundo. El gesto no era de resignación, sino de cálculo. Y preocupación.

Quito, 30 de junio de 1736

— 2 —

Costa de Dover, Inglaterra, 7 de julio de 1736

Partí con doce. Volví con trece. Pero no era la misma persona, aunque mi nombre era el mismo: Alexander Campbell.

Con el sol en lo más alto, la niebla que envolvía el Canal de la Mancha comenzó a disiparse, cediendo a la fuerza implacable de la luz, haciendo brillar con un blanco intenso las crestas de las olas que rompían contra la nave. El cielo se abrió de súbito y la costa inglesa surgió del horizonte, primero como una línea pálida, apenas un trazo, y luego como una pared majestuosa de acantilados blancos que se alzaban, imperturbables, sobre las aguas del este.

La *Wager*, coloso mercante de la *East India Company*, avanzaba con la majestad de un buque curtido en mares y tempestades, cabeceando con firmeza hacia Dover. A bordo, la tensión era contenida y densa, como en todo fin de travesía larga y peligrosa. El aire olía a sal, a breva caliente y a humanidad fatigada.

En el alcázar, el capitán Charles Raymond, con la mirada fija en el litoral, culminaba su primer viaje al mando de un navío de la Compañía. Para la entrada en el puerto de Chatham se había vestido como lo haría un caballero inglés consciente de su linaje y su cargo. Llevaba pantalón y casaca de paño negro con botonadura dorada, vueltas de mangas y solapas de terciopelo rojo, camisa blanca con encajes, un chaleco azul marino que brillaba bajo el sol, y una espada de ceñir ceremonial colgando del cinto. Remataban el conjunto unas botas negras de cuero que yo acababa de lustrar, una peluca empolvada de tono gris y un sombrero de tres picos ribeteado en oro. Imponente. El tipo de presencia que no necesitaba levantar la voz para hacerse obedecer.

—Señor Briggs, amure la vela mayor y braza por sotavento — ordenó.

—¡Amura mayor y braza por sotavento! —repitió Briggs.

La orden bajó como un latigazo desde la toldilla. Hubo un repentino ir y venir de voces, pasos y cabos tensados. Los marineros, con los rostros quemados por el sol y los ojos hundidos tras meses de navegación, se afanaban con un ansia casi religiosa. Sabían que el olor de tierra estaba cerca. En cubierta, las velas cantaban y la jarcia silbaba con un sonido seco y familiar.

—Apunte las bolinas —ordenó el capitán con firmeza.

Jack Briggs, el segundo piloto, un hombre de edad incierta, rostro surcado por la mala vida y una cicatriz antigua como una pata de gallina que se hendía en la mejilla izquierda, sonrió con los labios secos y mal afeitados. Su boca era una ruina: encías hinchadas, dientes oscuros y dos piezas de oro que brillaban como faroles entre la desolación.

—Al fin Inglaterra, Alex —me dijo, con aquella sonrisa de pirata veterano.

—Sí —asentí, sin poder contener la alegría. Mis palabras aún tenían la emoción torpe de un niño.

—No se distraiga, Briggs —cortó el capitán sin necesidad de alzar la voz—. Vayan izando la bandera de la Compañía.

—¡Toldilla! ¡Izad la bandera!

El trapo de la *East India Company* se desplegó en el asta de popa, ondeando al viento como una promesa cumplida. Una señal, la *Wager* volvía, entera y cargada, tras cruzar medio mundo.

Habían pasado diecisiete meses desde que zarpamos de Portsmouth con destino a la India. Entonces, yo era apenas un muchacho, uno más entre los grumetes, con las manos tiernas y los ojos muy abiertos. Ese día, mientras el barco se acercaba a la costa blanca de Inglaterra, sabía que ya no era el mismo. Nadie lo era, después de haber desafiado al mundo con un barco como hogar y el mar como única certeza.



Nací en Edimburgo, en enero de 1723. Mis padres se habían instalado allí pocos meses antes, siguiendo al general George Wade, recién nombrado comandante en jefe de las fuerzas militares de Escocia. En aquellos días, el ejército inglés ponía orden en tierras todavía heridas por viejas rebeliones jacobitas, y los soldados, más que soldados, eran parte del paisaje.

Mi padre, John Campbell, era capitán del Primer Regimiento de Dragones Reales. Hombre duro, de mediana estatura y espaldas anchas, con la cabeza siempre afeitada y una barba roja como el cobre viejo. No usaba peluca, ni falta que le hacía. Había combatido en la guerra de España —Barcelona, Brihuega— y llevaba en el cuerpo el orgullo de quien ha visto morir a los hombres bajo el sol y la pólvora. Mi madre, Serafina Mecer, murió poco después de traerme al mundo. No conservo de ella más que un pequeño relicario esmaltado con su retrato, que en su lecho de muerte le entregó a mi hermano.

William, siete años mayor que yo, fue mi maestro, mi héroe y mi brújula. Tenía el pelo largo y rojizo, una cara salpicada de pecas y una sonrisa perpetua. Lo seguía a todas partes con la devoción de un cachorro. Me enseñó a encender hogueras con leña seca, a levantar refugios de juncos cuando llovía, a orientarme por las nubes y por las sombras de los árboles.

Desde nuestra casa a los pies de Calton Hill me llevaba al puerto de Leith cada vez que llegaba un barco al muelle. Por el camino me hablaba del mar como de un viejo conocido: de las rutas, de los aparejos, de los vientos que soplan traicioneros más allá del Firth of Forth. Para mí, él era el mismísimo Neptuno.

Nos sentábamos en el borde de los muelles a ver llegar los navíos. Leith olía a brea, a cabo mojado, a algas fermentadas y salitre. Las gaviotas chillaban sobre nuestras cabezas como brujas. William señalaba con el dedo.

—Ese es el *Luxborough Galley* —me dijo una vez—. Buque de tres mástiles, veintiséis cañones. Aparejo de velas cuadras completo. Bonito, ¿eh?

Lo era. Negro con franjas amarillas, tan limpio que el sol se reflejaba en su costado. Yo veía un castillo flotante.

—¿Sabes qué hace? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Lleva esclavos desde África hasta América. Ahora descarga palo de campeche. Lo traen de un sitio llamado Cayo Cocina —añadió, mirándome con esa mezcla de ternura y sabiduría que solo tienen los hermanos mayores.

Yo no entendía ni la mitad. Pero lo escuchaba embobado, fascinado por aquellos nombres que parecían sacados de un mapa secreto: África, América, Cayo Cocina... El mundo era inmenso, y yo lo veía por los ojos de William. Y ese día, como tantos otros, supe que algún día iría detrás de esos barcos, adonde me llevaran. Aunque fuera al fin del mundo.

Había cumplido los doce años cuando mi padre regresó tarde de la iglesia. No era raro. Últimamente pasaba allí más tiempo del que debía, solo, bajo los arcos sombríos, rezando o maldiciendo su suerte en silencio, que para él venía a ser lo mismo.

—Tengo que ir a Londres, maldita sea —murmuró al entrar, mientras rebuscaba en el aparador hasta dar con la botella de whisky—. Por lo de la pensión. Mañana salimos.

Tres meses atrás había sufrido una caída montando con su regimiento. El caballo se encabritó, dijeron, y mi padre terminó en el suelo con la pierna derecha hecha trizas. Los médicos la cosieron como pudieron, pero quedó cojo para siempre. Fuera de combate. El ejército le cerró las puertas, y la pensión era su única esperanza de no caer en la miseria.

—Pero yo prefiero quedarme —dije en voz baja.

—Tú vienes —gruñó, sirviéndose medio vaso de un trago—. Necesitaré que me ayudes. Es un viaje largo y esta pierna aún jode lo suyo.

No me miraba. Desde el accidente, la rabia lo carcomía como un fuego lento. El alcohol ya no era ocasional. Sus ausencias eran más largas, su genio más torvo. Había días en los que ni siquiera parecía reconocerme.

—Así haces algo útil por una vez —añadió, con desprecio.

—Quiero quedarme —insistí.

Entonces se volvió, me clavó los ojos y me hizo sentir un extraño al que van a ejecutar.

—Escucha, muchacho. Harás lo que se te ordene. A ver si aprendes algo de respeto. “Honra a tu padre y a tu madre”, como Jehová te ha mandado. ¿O es que también te saltas los mandamientos?

—¿Y quién cuidará de la casa? —me atreví.

—Silencio —tronó, y algunas gotas de whisky le salpicaron la camisa—. No quiero oírte. La casa no necesita nada. Vienes conmigo. Hasta nuestro Señor Jesucristo obedeció a sus padres. No eres tú mejor que Él.

No dije nada más. Esa noche no dormí. Desde su habitación llegaban golpes sordos, muebles arrastrados, cristales rotos. Alguien gritaba, pero ya no sabía si era él o sus demonios.

A la mañana siguiente, cuando partimos en diligencia hacia Newcastle, el cielo estaba encapotado y la escarcha cubría los tejados de Edimburgo. Yo llevaba una manta vieja sobre los hombros, y el corazón, encogido en el pecho. No sabía si era el principio de un viaje o el final de mi infancia. Pero lo que sí sabía es que nada volvería a ser igual.

Nos alojábamos en el *Bell & Bear*, una fonda oscura y maloliente en el Great Eastcheap, en pleno centro de Londres.

Aquella mañana, la lluvia caía sobre la ciudad como una tela sucia extendida en el aire. Desayunamos pan duro con queso y un pudding salado que me revolvió el estómago. En la cantina olía a cerveza agria, a madera mojada y a comida estropeada. Dos hombres cuchicheaban en una mesa cercana. Al fondo, un tipo con aspecto de espantapájaros medio borracho nos observaba con descaro.

Mi padre se incorporó con un gruñido, echó mano a la muleta y se ciñó la capa. Saldríamos enseguida hacia Whitehall.

—Tómese un vaso de este maldito whisky conmigo, señor —dijo el desgalichado, levantando su copa en un brindis insolente—. Va a llover todo el día, y le hará falta algo más fuerte que ese pudding repugnante.

—Gracias, amigo, pero debemos marcharnos. He de estar en Northumberland House antes del mediodía.

—Siempre hay tiempo, caballero —replicó con una sonrisa torcida, dejando ver un diente de oro.

Nos invitó a sentarnos con un gesto, y se presentó como Jack Briggs, marinero. Prometía llevarnos en un batel prestado por un amigo en Old Swan Stairs.

—Por el río llegará usted conmigo mucho antes a Whitehall que arrastrando esa cojera por las inmundas calles de Londres. Están encharcadas, llenas de barro, excremento y rateros.

Mi padre dudó un instante, pero el dolor en su pierna hizo el resto.

—Se lo agradezco, señor —dijo al fin.

Pidió sidra. El marinero pidió otra ronda de whisky.

—¿Y el pelirrojo? —me señaló con su sonrisa destortalada.

—Agua —dijo mi padre.

Charlamos poco. Después de que mi padre agotara su botella de sidra, salimos con Briggs por las callejas del este hasta la orilla del Támesis. El batel era una embarcación pequeña con una vela triangular y dos remos largos. Briggs remaba con soltura, ayudado

por el viento. Mi padre desembarcó en Hungerford Stairs, rumbo a Charing Cross. La niebla y la llovizna ocultaban Whitehall.

—Que el chaval espere aquí —dijo sin mirarme.

Me quedé en el batel con aquel tipo, que no paraba de hablar.

—Eso es un cúter. Aquello una goleta. ¿Sabes la diferencia, muchacho?

No respondí. Me daba igual. Miraba el río sin ver nada, encerrado en un resentimiento espeso. Briggs intentó romper el silencio.

—¿No hablas? ¿Tu padre tampoco? Vaya par de alegres que me han tocado hoy.

Se puso a silbar, luego me pasó una lata.

—Vamos, ayúdame a achicar agua.

Cuando mi padre regresó, ya anochecía. Venía arrastrando la pierna y con peor cara que cuando partió. No dijo nada. Briggs nos llevó de vuelta por el río mientras saludaba a otros marineros con los que nos cruzábamos. Nos miró de reojo.

—Somos el batel más alegre del Támesis —gruñó, y se puso a cantar una vieja tonada de taberna:

*En Scarlet Town, donde nací,
Vivía una hermosa doncella,
Todos los chicos gritaban ¡Sí!
Su nombre era Bárbara Bella.*

Su voz era horrible, pero por alguna razón, aquello me reconfortó por primera vez en el día.

Atracamos en Old Swan Stairs bajo la lluvia. Rachas amarillas se proyectaban a la luz de los faroles escasos en Great Eastcheap, empapándonos hasta los huesos. La calle era un lodazal. Los tejados vomitaban chorros desde los canalones. Empapados hasta los huesos, regresamos al *Bell & Bear*. A pesar del hedor a

humedad y humo viejo, aquella posada me pareció entonces el lugar más cálido del mundo.

—Londres con lluvia es un fastidio —dijo mi padre, limpiándose las botas.

—Londres es un fastidio, amigo —replicó Briggs—. Yo me largo pronto.

—¿Cena con nosotros? Esta vez déjeme invitarle —añadió mi padre—. No ha querido cobrar por llevarnos.

—Será un placer. No ando sobrado de monedas.

La fonda oía a guiso reciente, humedad y a ventanas cerradas desde hacía días. Únicamente había otra mesa ocupada, con dos hombres que comían en silencio. Una moza corpulenta y sudorosa llamada Theresa nos sirvió un guiso de carne con patatas con una salsa de vinagre y mostaza que me resultó muy reparadora tras la jornada de agua.

—¿Quiere cerveza, Jack? Se la debo.

—Nunca he rechazado una invitación a cerveza —dijo alzando una mano y riendo—. Quién sabe cuándo volveré a tener oportunidad de estos lujos.

—¿Y eso?

—Me largo. Estoy seco y necesito plata.

—¿Y dónde se va, amigo?

—Hay un *indiaman* que zarpa en tres días desde Portsmouth —dijo mientras masticaba—. Me he enrolado como segundo piloto. Esta ciudad no es para mí.

—¿Un *indiaman*? —pregunté, sin querer. Mi propia voz me sorprendió.

Briggs se giró, contento de que al fin hablarla.

—Un barco de la *East India Company*, muchacho. El negocio del siglo. Esta nave se llama *Wager*, diez cañones... una apuesta. La comanda Charles Raymond, un buen capitán. Es su primer viaje al mando.

La palabra *Wager* me golpeó como un trueno. Las historias de barcos, la India, los nombres remotos... Todo volvía de golpe, como un viejo dolor que nunca se fue. Mis ojos se nublaron. No dije nada más.

—Vamos a Madrás cargando textiles, utensilios, herramientas y, lo más valioso, ron español y vino francés. Ahí está el dinero, amigos. En un año estaremos de vuelta.

—Suerte —dijo mi padre con la boca llena.

Mi padre seguía comiendo. Al terminar, subimos a la habitación. La lluvia seguía golpeando los postigos. El nombre *Wager* resonaba aún en mi cabeza mientras me quitaba la ropa mojada y me metía bajo las mantas. Algo, aunque no sabía qué, había cambiado ese día. Quizá para siempre.

La mañana amaneció despejada y brillante. Una niebla leve, arrastrada por la corriente del río, se disolvía al primer embate del sol. Después del desayuno, mi padre se puso en pie sin decir una palabra, se ciñó la capa y agarró la muleta.

—Espera aquí —ordenó.

—¿Dónde vas?

—No es asunto tuyo —respondió con un tono que zanjaba cualquier réplica—. Espérame aquí.

Le vi salir y, al poco, decidí hacer lo mismo. El aire fresco me despejó las ideas. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía libre. No conocía Londres, pero podía moverme. Paseé por Great Eastcheap, con sus casas de ladrillo oscuro y ventanas encaladas. Tomé una callejuela, crucé un pequeño mercado donde vendían ropa usada, y seguí andando sin rumbo.

Las casas parecían inclinarse sobre mí con sus ventanas como ojos que me espiaban. Me preguntaba qué diablos hacíamos allí, por qué mi padre había caído del caballo si era el mejor jinete del

regimiento. ¿Sería el whisky? ¿El peso de la guerra? Si William estuviera allí, lo sabría. Él siempre sabía qué hacer.

Me topé con una pequeña iglesia de piedra negra. Saint Michael. Estaba abierta y vacía. Entré. Me senté en uno de los bancos de madera bajo las vidrieras. El sol se filtraba en haces de colores que teñían de azul y rojo los bancos y el suelo. El olor a incienso y cera quemada era embriagador. A la izquierda, San Miguel clavaba una lanza en el pecho de un demonio que se retorcía con una mueca espantosa. Me dio un escalofrío. A la derecha, la Virgen me observaba con dulzura. Me pregunté cómo habría sido mi madre. Cómo habría sido nuestra vida con ella. Qué habría sido de William. Y de mi padre. Y lloré. Sin ruido, sin consuelo. Lloré hasta vaciarme. Pasó el tiempo y la tempestad interior se fue calmando. Vi algo moverse. Un ratón cruzaba bajo el altar. Las lágrimas rodaban por mis mejillas mansamente mientras mi respiración se tranquilizaba. Me quedé allí, contemplando el Cristo sobre el altar, clavado con cuatro clavos, vivo, real, la cabeza ladeada que parecía mirarme. No era una imagen de muerte, sino de paz. De silencio. Me sentía en paz mirando. Con los ojos cerrados parecía que también Él me observaba allí, sentado en el banco. No pensé en nada más. Me dormí.

Soñé con William, navegando en una balandra azul bajo un cielo limpio. Me llamaba pero no lo podía oír. El mar era de un verde imposible. Mi padre me sujetaba la mano desde la orilla. William reía y me llamaba con gestos. Briggs aparecía en su batel, remando hacia la balandra. Yo quería soltar la mano de mi padre y llamar a William que navegaba alejándose. Y comenzaba a alejarse, mar adentro.

—Eh, muchacho.

Desperté de golpe. Un hombre de pelo blanco y sotana negra me sacudía el hombro con suavidad.

—Te has dormido.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Me puse en pie, confuso.

—Ya me voy —musité.

—No hay prisa, muchacho. Puedes quedarte. ¿Estás solo?

—No... bueno, sí. Tengo que volver.

Salí corriendo de la iglesia. Corré hasta que el aliento se me agotó. Me detuve, jadeando. No reconocía nada. Estaba perdido. La niebla había vuelto. Caminé sin rumbo. Preguntaba a quien encontraba.

—¿*Bell & Bear*? —pregunté a una mujer con un cesto.

—No, lo siento.

El corazón me latía como un tambor. Estaba desorientado, aturdido por lo que había sentido en la iglesia, por lo que había soñado, por la sensación de estar solo en el mundo.

Alguien me tocó el hombro.

—Hombre, pelirrojo. ¿Qué haces tú aquí?

Era Jack Briggs. Salía de una taberna con el cartel de *Three Tuns Tavern* colgado sobre la puerta. Olía a ron barato.

—¿Qué pasa? ¿Has visto al demonio? —rio—. ¿Quieres un trago?

—Me he perdido —dije—. Quiero volver.

—¿Y tu padre?

—No lo sé. Se fue. No me dijo dónde.

Me miró en silencio y me revolvió el pelo con la mano grande y rugosa. Me recordó a William. Me condujo calle abajo con la mano en la espalda.

—Vamos, pelirrojo.

A los pocos pasos apareció la posada. *Bell & Bear*. El corazón me martilleaba en el pecho. Se detuvo frente a la puerta.

—Entra. Te traeré algo caliente.

Yo no me moví.

—Lléveme con usted —dije.

—¿Qué?

Lo miré con desesperación. Sabía que si decía que no, no habría segunda oportunidad. William también se habría marchado. Él lo habría entendido.

—A la India. En ese barco. Quiero ir con usted. Puedo trabajar. Ser grumete. No quiero volver a Edimburgo. No con él.

Briggs me escrutó. Vi la sorpresa en su cara, pero también algo más. Algo que no era burla.

—Vamos, muchacho. No digas tonterías —dijo, empujándome hacia la puerta.

—No son tonterías. Si no voy con usted, iré con otros —dije, mirándolo sin pestañear.

Me sujetó por el hombro, largo rato. Despúes asintió con la cabeza.

—Entremos —dijo—. Lo hablaremos con calma.

Dos noches despúes me acosté vestido. Llevaba horas con el estómago anudado, los ojos como platos, los nervios desbocados. Era fácil mantenerse despierto con la ansiedad afilándome por dentro. Desde mi jergón, escuchaba la respiración profunda de mi padre, que con los minutos se volvía ronquido bronco y desacompasado. Aquel estrépito, que a veces me quitaba el sueño, ahora me parecía una bendición: me aseguraba que dormía.

La campana de una iglesia cercana dio las dos.

Con manos temblorosas aparté la manta y me incorporé. Sabía bien dónde guardaba el dinero: en una funda de cuero viejo bajo su cama. Me deslicé como un ladrón. El corazón me martilleaba con fuerza y tenía miedo de que despertara, de que su mano me atrapara en mitad del robo. Alcancé la bolsa, saqué lo necesario y lo metí bajo la camisa. De puro miedo y emoción me sentí mareado.

Dejé una nota sobre la mesa: «*No te preocupes por mí. Alexander*». La llevaba escrita desde hacía dos días, escondida en el chaleco.

Crucé la habitación sin hacer un ruido. En la escalera esperaba Jack Briggs, con los hombros encogidos bajo su viejo capote y los ojos tan despiertos como si fuera mediodía.

—¿Estás seguro? —preguntó en voz baja.

Asentí. No confiaba en mi voz. Me temblaban las manos.

Y así, sin más, salimos a las calles oscuras de Londres. Nos mezclamos con las sombras, los adoquines mojados y el silencio. Briggs conocía el camino. A paso firme, me llevó a través de callejas y plazas hasta llegar a *The Horse Shoe Inn*, junto a las destilerías de Saint Margaret Hill. Desde allí salía nuestra diligencia rumbo a Portsmouth.

Allí conocí al contramaestre de velas y a los dos marineros que había ido a buscar. La campana de una iglesia dio las tres. Subimos a la diligencia. Briggs me sentó junto a él, al lado de la puerta. Poco después partimos.

Miré atrás por la ventanilla. Londres se alejaba, una sombra sucia, apenas iluminada por faroles y bruma. Recordé a mi padre. Sentí lástima, sí, pero ni una pizca de arrepentimiento. Pensé en William y me ardieron los ojos. Con la manga limpié el vaho de la ventanilla. Miré al cielo: por primera vez en días podía ver las estrellas. A nuestra izquierda, el horizonte se teñía de rosa. Amanecía.

Catorce horas después, al caer la tarde, la diligencia coronaba una loma. Desde allí, la vista del puerto de Portsmouth se desplegaba ante mí como una pintura viva: cientos de barcos apiñados en la bahía, mástiles como bosques, velas aferradas como alas dormidas.

—Magnífico, ¿eh? —dijo Briggs, con voz baja. Él también sentía el escalofrío.

No supe qué contestar. No podía apartar la vista. Mi hermano habría enloquecido de felicidad con aquella imagen.

Una hora después pisábamos los muelles. Briggs cargó los bultos y me dio mi lío de ropa. Caminamos entre el trajín del puerto: gritos de estibadores, rechinar de poleas, crujidos de aparejos, el chapoteo de las barcazas que iban y venían. Barcos de guerra, mercantes, fragatas, arenqueras, galeones... Una babel de velas y aparejos que parecía no acabar nunca.

Entonces se detuvo.

—Ahí está.

La *Wager*. Era un *indiaman* robusto, de diez cañones, construido el año anterior. Su casco pintado de negro, rojo y blanco brillaba como recién salido del astillero. Las vergas estaban alineadas con precisión, las velas aferradas, los cabos ordenados y la cubierta limpia. Parecía un navío recién nacido, esperando su primera batalla.

Subimos a bordo. Nos condujeron bajo la toldilla, al camarote del capitán.

Charles Raymond era joven, de rostro redondo, pelo negro recogido en coleta y peluca gris encima. Vestía con sobriedad. Detrás de su escritorio, apenas iluminado por los portillos, examinaba un mapa con un compás en la mano. El camarote era estrecho, con una cama al fondo y un armario repleto de libros y cartas náuticas.

Alzando la vista, nos recibió sin levantarse.

—Capitán Raymond, segundo oficial Briggs. Aquí está el contramaestre de velas Ben Smith, y los marineros Jones y Belfort.

—Ya era hora, señor Briggs. Partimos pasado mañana. Creí que no llegaba. Vayan a la segunda cubierta. ¿Y ese mozalbete?

—Campbell. Quiere enrolarse como grumete. Tenemos hueco.

El capitán me miró de arriba abajo con una expresión indescifrable.

—¿Edad?

—Doce, señor.

—¿Sabes lo que haces?

—Sí, señor —respondí sin titubear.

—¿Lees y escribes?

—Sí, señor.

Me alargó una hoja de papel.

—Escribe aquí tu solicitud. Vamos a dejarlo por escrito.

Tomé la pluma y escribí con mi mejor letra. Tres líneas cuidadas.

El capitán observó, sin decir nada. Después tomó el papel y me miró a los ojos por primera vez. Esta vez, había algo distinto en su mirada: atención, cálculo, y una brizna de compasión.

—Muy bien. Serás mi grumete. Limpiarás la cubierta, llevarás mensajes, me asistirás cuando lo ordene. Y obedecerás a una sola voz: la mía. ¿Entendido?

Asentí con fuerza.

—Sí, señor.

Briggs, a mi lado, sonreía con la boca torcida. La *Wager* sería mi escuela. El mar, mi destino. Ya no había vuelta atrás.

Partimos de Inglaterra el 13 de febrero de 1735 rumbo a la India. El canal quedó atrás envuelto en bruma y silencio, y la *Wager* cortaba las aguas con ese aplomo de los barcos nuevos, confiados en su arboladura y su capitán. Cerca de Canarias nos cruzamos con dos navíos de guerra españoles, aunque no hubo sobresaltos, el capitán Raymond supo cómo esquivarlos sin meterse en líos. Aquel tramo fue tan sereno que el propio Raymond —no muy dado a comentarios innecesarios— llegó a decir que era la mejor mar que había tenido en toda una travesía.

Llegamos a Madrás el 18 de julio. Allí el calor era denso, la humedad se pegaba al cuerpo como una camisa mojada, y el puerto bullía con una vida que me parecía sacada de otro mundo. Barcos por doquier: mercantes inmensos, barcazas repletas de mercancías, fragatas de guerra británicas custodiando el acceso, y un enjambre

constante de marineros, comerciantes, indios, pescadores y burócratas de la Compañía.

Pasamos el verano y el otoño en Madrás. El capitán vendió la carga europea y poco a poco fue embarcando lo que debía regresar a Inglaterra: seda, porcelana, algodón, especias con nombres que olían solo con mencionarlos, rollos de muselina, y cajones repletos de aquel polvo azul brillante que llamaban índigo. La *Wager* se transformó en una nave de tesoros. Tanto que el capitán ordenó reducir provisiones para dejar espacio.

Nos hicimos a la mar apenas pasó el monzón. Íbamos hasta la sentina de riqueza, pero pronto descubrimos que la fortuna pesa. El viaje de vuelta fue un suplicio. Tormentas brutales en el cabo de Buena Esperanza nos zarandearon hasta dejarnos exhaustos. Luego, la calma chicha. Semanas enteras sin una brisa, con el sol fundiendo los mástiles y los hombres. El escorbuto hizo estragos. De los noventa y ocho que salimos de Madrás, veinte quedaron por el camino, devorados por la fiebre, la sed y la putrefacción de sus propias encías.

Yo mismo estuve al borde. La sangre me goteaba por la boca y sentía los huesos como cuchillas bajo la piel. El capitán no decía nada, pero su mirada endurecida era la de alguien que contaba muertos y no los olvidaba. En mi ingenuidad pensé que eso era lo más duro que viviría en la mar. Qué poco sabía entonces.

Mis únicos consuelos eran el cuaderno de bitácora que el capitán me dejaba escribir —yo era su escribiente— y los ratos en que me hablaba de navegación. Aprendí de la rosa de los vientos, de los rumbos, de las jarcias y del trapo. El mar, pese a todo, seguía fascinándome. Lo respetaba. Lo temía. Pero ya no podía vivir sin él.

En Cabo Verde, en la isla de Santiago, fondeamos unos días para reparar el palo mayor y repostar agua, fruta y algo de carne fresca. Fue allí donde volvimos a respirar, donde los hombres pudieron

volver a caminar sin tambalearse y las sombras bajo los ojos empezaron a ceder.

• •

El regreso a Inglaterra fue triunfal. Al amanecer, la *Wager* entró en el estuario del Támesis como un navío victorioso. Decenas de barcos nos escoltaron las últimas millas hasta Chatham. La gente nos saludaba desde las orillas y los muelles, ondeaban pañuelos, gritaban nombres. Nuestras campanas repicaban alegres, y otras respondían desde lejos. Éramos un espectáculo flotante.

La *Wager* fondeó frente a Queensborough y una comitiva de dos balandras con bandera de la Compañía se acercó al poco tiempo. A bordo, oficiales con uniformes relucientes y rostros de despacho. Subieron a cubierta y fueron recibidos con cinco repiques de campana.

—Bienvenido a Inglaterra, capitán Raymond —saludó uno, cuadrándose con formalidad—. Espero que la travesía haya sido provechosa.

—Lo suficiente para que nuestros accionistas estén contentos, coronel —respondió el capitán con esa sonrisa medida que solo sacaba cuando tocaba política.

Los oficiales recorrieron el barco, inspeccionaron la carga y tomaron nota. El capitán los acompañó con frases secas, precisas. Al cabo de una hora abandonaron nuestro navío.

—Nos veremos la semana próxima en la Junta de Directores en Londres, capitán Raymond. Póngame a los pies de Sarah.

—Así lo haré, coronel. Hasta pronto.

Diez campanadas despidieron sus balandras. El capitán permaneció unos instantes contemplando cómo se alejaban. A poca distancia yo estaba en el combés, ayudando a Briggs con unos cabos.

—¿Y ahora qué, Alex? —me preguntó, sin alzar la vista.

No supe responder.

—Volver a Edimburgo no es una mala idea —dijo, tras mirarme con expresión neutra—. Es tu casa. Y él, te guste o no, sigue siendo tu padre.

Entonces, el capitán se volvió. Se quedó mirando. Era la primera vez que me hablaba directamente sin un grito o una orden.

—¿Has pensado en hacer carrera en la *Royal Navy*?

Me desconcertó.

—¿Yo, señor? No... No tengo posición. Nadie que me recomiende.

Con el uniforme de gala su aspecto me intimidaba aún más.

—Has servido con diligencia —dijo—. Tengo contactos. Puedo conseguir que te acepten como guardiamarina. Pero no lo repetiré. Mañana me das tu respuesta.

Se dio la vuelta y volvió al alcázar. Sin más.

Briggs me guiñó un ojo sin dejar de trabajar.

—Piénsalo, pelirrojo. Y come algo, que pareces un espantapájaros con fiebre.

Esa noche, no dormí. Removí en mi cabeza todas las preguntas que me habían quemado durante meses. ¿Volver a Edimburgo? ¿Volver a aquella casa, a aquel silencio? No. Ya no era un niño. Lo supe al mirar las estrellas por la portilla del sollado.

La decisión estaba tomada.

Al amanecer, ya me veía guardiamarina de la *Royal Navy*.

Costa de Dover, Inglaterra, 7 de julio de 1736

Londres, 14 de julio de 1736

Desembarcamos en Chatham, y pasé la semana siguiente en Londres con Jack Briggs. Nos alojamos en el mismo sitio donde lo había conocido un año atrás: el *Bell & Bear* de Great Eastcheap. La misma posada donde vi por última vez a mi padre.

—Es la mejor, muchacho —dijo Briggs la primera noche, con una mueca que no llegaba a sonrisa—. Por un miserable chelín te dan techo y dos comidas. Asqueroso, pero esto es Londres. Además, está cerca del río. Lo único decente de esta ciudad de humo y ratas.

El día había amanecido gris. Llovía con desgana y hacía un frío húmedo que se colaba por los huesos. Bajamos temprano a desayunar, como siempre desde que llegamos. Pan duro, queso reseco y cerveza agria. La moza sudaba. El aire olía a grasa vieja, a cuerpos sin lavar, a desesperanza.

—Podemos permitirnos algo mejor, Jack —protesté, aún con el primer bocado en la boca—. He ahorrado algo del viaje.

—No aprendes, Alex —murmuró él, sin alzar la vista de su pan—. Guarda para cuando no tengas.

Masticó un rato en silencio. En su boca de dientes rotos relucían los dos de oro con la luz mortecina del velón. Tragó y me miró.

—¿Sabes algo de tu padre?

La pregunta me pilló a contrapié. El olor a cerveza rancia me devolvió, de golpe, a la mañana en que lo dejamos atrás. Me tomó un instante contestar.

—Pregunté al posadero. Dice que recuerda a un soldado retirado, con acento del norte. Hace año y medio montó un escándalo porque lo habían robado y se fue sin pagar.

—¿Y eso es todo?

—Sí —dije, bajando la mirada.

Bebió un largo trago, sin decir palabra.

—¿Van a comer algo más? —interrumpió la moza, con un trapo en una mano y prisa en la otra.

—Termina eso —dijo él empujándome el pan—. Y ven conmigo.

Nos echamos las capas y salimos. Londres seguía siendo un lugar sucio y mojado. Bajamos por Fish Street Hill esquivando charcos y goterones como salivazos que caían desde los aleros. Ninguno decía nada. Al llegar al Puente de Londres, el Támesis nos recibió con su respiración de agua y niebla. Las barcazas dormían bajo la lluvia. El puente, oscuro y pesado, parecía una criatura viva, medio sumergida.

—Te gusta el mar —murmuró con la vista clavada en el río.

Asentí, sin saber bien por qué.

—¿Escribiste al capitán Raymond? ¿Quieres ir a la Academia?

—Sí, señor. Aunque aún no me ha respondido.

Briggs tardó en contestar. Seguía observando la otra orilla, donde Saint Saviour y el hospital de Saint Thomas se difuminaban entre la neblina.

—Escúchame bien, Alex. Yo no soy ejemplo de nada. Lo que sé de mí mismo no me gusta. Pero algunas cosas se aprenden. El mar es hermoso, sí, pero también es implacable. Te da la gloria y luego te la quita. Si vas a vivir en él, hazlo con la conciencia en paz. Porque cuando te llegue la hora, y llegará, no querrás que te pese el alma.

Hizo una pausa. Luego se volvió hacia mí.

—Vas a volver a la fonda y vas a pagar la deuda de tu padre.

Me quedé paralizado y sin aliento, sintiendo que me habían golpeado en el estómago.

—Él se fue sin preguntar por mí —protesté, casi con un hilo de voz—. Echaba en falta solo su dinero.

Briggs hizo un gesto hacia el río, como si allí estuvieran las respuestas.

—Lo que haya pasado entre él y tú, solo lo sabéis vosotros. Pero tú vas a dejarlo atrás. No arrastres esa carga toda la vida. Vuelve. Paga. Luego viaja a Edimburgo.

—¿A buscarlo?

Asintió despacio.

—Habla con él. Cuéntale el viaje. El capitán. La India. Dile tus planes. Pídele perdón. Si hace falta, di que fui yo quien te llevó. Es tu padre.

—Sé por qué sufre —dijo tras una pausa—. Y no me gusta. No me gusta en qué se ha convertido.

—Da igual. No es por él, es por ti. Hazlo. Algun día, cuando el mar esté bravo y reces todas las oraciones que recuerdes, lo agradecerás.

No supe qué responder. La niebla cubría ya la orilla sur. El Puente parecía disolverse en ella. El mundo se hacía pequeño.

—¿Lo vas a hacer?

Asentí, conteniendo el llanto.

Nos quedamos en silencio mirando el agua. Una balandra pasó despacio bajo el puente. Hablaba con calma.

—Si temes que el capitán Raymond conteste en tu ausencia, no te apures. Yo estaré aquí. Cuando vuelvas, te daré noticias. Aún hay tiempo. Hasta octubre no te llamarán de la Academia.

Las palabras, el gris del río, el frío de la lluvia, los recuerdos: todo se me enredó dentro y sentí que algo se rompía muy despacio. Las lágrimas cayeron, mezclándose con el agua que me empapaba la cara. Quise esconderme bajo el cuello de la capa, pero no había dónde huir. El mundo entero era una gota de agua salada.

Briggs lo notó. Me rodeó los hombros con un brazo y me estrechó contra él.

—Vamos —dijo.

Y echamos a andar.

Londres, 14 de julio de 1736

Edimburgo, 3 de agosto de 1736

Llegué a Edimburgo en la diligencia de Newcastle con el sol en lo alto. La parada estaba frente a la taberna más grande de la ciudad, *Taigh-òsta a' Chaisteil*. Sobre la colina, el castillo de Edimburgo vigilaba invariablemente la ciudad. Era un día luminoso y cálido de agosto. Caminé hacia Calton Hill. Nada parecía haber cambiado en nuestra calle bajo la montaña.

Un carromato con enseres tirado por un caballo se cruzó con dos carricoches de caballerías. A esa hora había mujeres entrando en las tiendas y hombres que transportaban bultos. Me quedé contemplando el movimiento durante un rato. El olor era conmovedoramente familiar. Sin embargo, todo parecía menguado. La montaña, la calle, mi casa, todo se veía extrañamente pequeño.

Se abrió la puerta y vi a mi padre salir. Me costó reconocerlo, pero llevaba su muleta y su cojera. Iba vestido con levita y pantalón negros, camisa blanca, zapatos. Llevaba puesto un tricornio y lucía barba blanca. Avanzó con dificultad hacia mí sin percibirse de quién era. Me vio al fin.

—¿Alex? —hizo un gesto entre la sorpresa y el disgusto—. Has crecido mucho. Y estás muy delgado.

—Padre —dije quitándome mi gorra de pana marrón.

Durante unos instantes me observó con curiosidad, como si hablara a un extraño.

—¿Vas a venir a la iglesia?

—¿Es una invitación, padre? —pregunté.

Parecía frío y distante. Me preguntaba si todo aquello tenía sentido, si no podía ser un inmenso error.

—No sé. ¿Por qué has venido ahora?

—No sabía que tuviera que haber una razón —respondí—. Si quiere voy con usted a la iglesia.

—Hazlo si quieres. Yo no te obligo —dijo mirando al frente.

—Le acompañó.

—Me gusta ser directo, Alex, me conoces —dijo comenzando a andar con dificultad. Lo seguí—. Eres una humillación para mí. El día que te fuiste solo sentí vergüenza.

Bajé la mirada y la concentré en mi gorra. Se paró. Se oyeron los cascos de un caballo al pasar junto a nosotros.

—Pero si vuelves arrepentido y te comprometes ante Dios para cambiar verdaderamente tu camino, entonces el mandato de Dios será que te perdone —dijo—. Recuerda Lucas 15:1. Y yo lo haré.

Estaba asustado y empezaron a temblar mis manos.

—Aún no estoy preparado, padre —acerté a decir—. Mejor espero en la casa.

Vi cómo la figura enferma de mi padre se alejaba cojeando sin decir nada más.

•

El día que cumplí los ocho años apilaba tejas de pizarra junto a la puerta. Era un día frío y soleado antes del mediodía. William me llamó.

—Voy a Leith. Acaba de llegar el *Salisbury*, ¿vienes? —me dijo.

Lo miré con aprensión. Una brisa fría levantó polvo a nuestro alrededor, y algunas nubes se acumulaban en el horizonte.

—Padre nos ha ordenado arreglar el tejado de la casa —respondí—. Dice que cada vez entra más agua cuando llueve.

—Bah. Vamos, que hoy no llueve. No va a llover en días, ya tendremos ocasión de hacerlo —respondió mientras se sujetaba la coleta pelirroja con un cordón.

Estaba resuelto a irse, sus ojos brillaban de excitación.

—No todos los días podemos ver un navío de línea de cuarta categoría. Yo no me lo pierdo.

—Pero William... padre... —no sabía qué decir.

— ¡Tiene cincuenta cañones! —exclamó abriendo mucho los ojos—. Vamos, Alex.

Dejé la carretilla y lo seguí. En mi cabeza daba vueltas un mal presentimiento, padre se iba a decepcionar. Mientras caminábamos, una nube tapó el sol brevemente y sentí un escalofrío. Tardamos menos de una hora en recorrer el camino de Leith y llegar al puerto.

La visión del *Salisbury* era magnífica: un buque de guerra de la *Royal Navy* de tres palos, con aparejo de velas cuadras y dos cubiertas artilladas. El casco estaba pintado de negro y rojo. Había fondeado fuera de los diques y tenía las velas envergadas. El sol brillaba intensamente en el puerto, reflejándose en las olas del mar y creando destellos dorados que nos hipnotizaban. Los pequeños botes de pesca recogían sus aparejos. El sonido de las gaviotas llenaba el aire. Olía a pescado fresco.

—¡Mira qué maravilla, Alex! —exclamó William, señalando al *Salisbury*. ¿Ha merecido la pena?

A su lado, los botes y balandras que entraban al puerto parecían muy poca cosa.

—¡Es enorme! —respondí con los ojos brillando de emoción.

Me revolvió el pelo con su mano. Siempre lo hacía. La brisa salada del mar nos acariciaba el rostro mientras nos acercábamos al borde del muelle para sentarnos en nuestro lugar de observación. Las olas parecían golpear con fuerza contra el dique, el mar parecía inquieto.

—Vamos a acercarnos más —dijo de repente William—. A la punta del dique. Desde allí la vista será magnífica.

William echó a correr por el malecón dando gritos de alegría. Se levantó un fuerte viento y las gaviotas comenzaron a chillar con extraña estridencia, como si tuvieran algo que decir.

—Vamos, Alex. No tenemos todo el día.

Yo corría detrás de él. A duras penas podía seguirle. El dique era una larga y estrecha lengua que se adentraba en el mar, cerrando el

paso de las olas al puerto. Hacia la mitad, las piedras lisas se transformaban en una escollera de enormes piedras irregulares. William avanzaba saltando de una a otra con agilidad. Me estaba quedando atrás extenuado. Paré a recuperar el aliento doblado hacia delante con las manos en los muslos. Empecé a respirar mejor. Me levanté y miré. No veía a William. Imaginé que estaba saltando alguna roca. O quizá pasando por debajo. Pasaron unos instantes. El dique seguía vacío. Al fondo, el *Salisbury* parecía una imagen irreal al final de un camino de escollera. Nadie. Las olas golpeaban el malecón a mi derecha. No veía a mi hermano. Solo grandes rocas y mar golpeando. Nadie.

— ¡William! —grité—. ¿Dónde estás?

Pasaron los instantes, eternos, angustiosos. No sabía qué hacer. Meforcé a avanzar.

— ¡William, William! —gritaba con la voz quebrada por el pánico—. No te veo. ¡William!

Paraba a cada instante a mirar a mi alrededor. Nada. Llegué al último lugar donde lo había visto. No estaba allí. Me vino la imagen de mi padre. El camino de Leith. Las tejas. La casa. Otra vez el dique vacío. Las olas rompiendo.

— ¡William!

Seguí avanzando por la escollera. Agujeros. Algas húmedas. Agua. Olas. Piedras resbaladizas. De pronto lo vi. Su cuerpo estaba inerte y desmadejado al fondo de una cavidad entre grandes rocas, con la mitad hundida en el agua. Las olas lo golpeaban. Por su cara corría sangre confundida con su cabello. El agua del mar estaba roja. Sangraba a chorros.

Sin saber cómo, bajé a su lado. Me miraba sin ver. Los ojos vidriosos no se movían.

—William, William —rompí a llorar desconsolado, con una angustia fría, insondable, de esas que calan los huesos y rompen el alma—. ¿Qué te pasa?

Con el cuerpo sumergido en el agua, yo abrazaba su cabeza y la mecía entre mis brazos. La sangre manaba cálida y lentamente de su cabeza. Una ola rompió y la lavó.

—No te vayas, William —el llanto me arrasaba sin que pudiera pensar en nada, el corazón roto en mil pedazos—. No me dejes.

Pasaron unos minutos interminables. Por un instante noté que el cuerpo de mi hermano se movía. No, tan solo era una ola que nos había alcanzado. Pero sentí que sus ojos se habían movido. Me había mirado. Una chispa de vida asomó al borde de sus ojos y me pareció ver una sonrisa en ellos. Luego, se apagaron definitivamente como una vela que se extingue cuando el viento ya ha soplado, dejando solo oscuridad.

No sé cuánto tiempo pudo pasar. Tenía frío, estaba empapado y empezaba a anochecer. El cielo estaba negro. Solté a William y trepé por las rocas. No veía nada, no sabía a dónde iba. Deambulaba sin rumbo. El frío me atravesaba el alma. Todo estaba oscuro.

—Chaval, chaval —un marinero me zarandeó.

Le miré sin ver, como se mira algo imposible.

—Chaval, estás empapado y lleno de sangre —dijo otra voz—.

¿De dónde sales? ¿Qué te pasa?

—¿Cómo te llamas? —dijo el primero.

No supe decir nada. No entendía nada.

• •

Aunque era ya tarde, la luz del sol de verano aún se filtraba por las cortinillas de la cocina de la casa de Edimburgo. Había vuelto a entrar en mi antigua habitación, que se mantenía como la dejé, pero sucia y abandonada. La estuve arreglando y limpiando como si fuera el camarote del capitán Raymond. Cuando terminé bajé a la cocina y seguí ordenando y limpiando. Olía a whisky y comida rancia. Aquella casa no era la que yo recordaba. Ahora estaba sucia

y abandonada. ¿Cómo podía mi padre vivir en esa pocilga? Tuve la tentación de salir de allí para siempre y olvidarme de aquel viejo insufrible. Recordé a Briggs. Y a William. Cociné unas patatas con carne y me senté junto a la mesa a esperar.

Mi padre regresó tarde de la iglesia. Hundido y callado. Se sentó a la mesa como una sombra que intenta pasar desapercibida en su propio hogar.

—Padre, he venido a hablar con usted. A explicarle mis planes —dudaba qué decir—. Y, si puede ser, a estar en paz con usted.

El viejo se agitó en la silla.

—Dame un vaso y trae el whisky —dijo.

Le miré con pena.

—No, padre. Vamos a hablar como hombres.

—Ja, pero si eres un mocoso —gritó dando un golpe en la mesa con la palma de la mano.

Dejé pasar unos instantes. Cuanta mayor era la furia en sus ojos, más calmado interiormente me sentía. Unas nubes cubrieron el sol y la cocina se oscureció al instante. ¿Estaba entendiendo mi padre lo que yo necesitaba? ¿Había entendido alguna vez lo que pasó aquel día? Se oyó un cuervo graznar y el sol volvió a entrar por la ventana.

—¿Hay algo que le preocupe, padre?

Se volvió a agitar, como los que cargan con algo que no saben cómo soltar. Parecía sorprendido por mi extraña tranquilidad.

—He esperado preguntándome, pidiéndole a Dios explicaciones, sobre lo que hice mal —dijo abatido—. ¿Qué hice mal con tu educación? ¿Qué hice que te llenó de tanto odio como para abandonarme?

—No fue usted, padre —respondí—. No es odio.

—Juan 8:32, ¿recuerdas? “La verdad os hará libres” —me dijo levantando un dedo admonitorio—. Dios conoce la verdad.

Me levanté y fui a buscar dos platos y dos vasos. Puse los dos tenedores y dos cuchillos sobre la mesa.

—¿Quiere comer hoy, padre?

—No tengo hambre —respondió—. Come tú, que estás ridículamente delgado.

—Necesita comer —insistí.

—Te lo he dicho, no tengo hambre —parecía un viejo derrotado.

—¿Está tratando de demostrar algo, padre?

—¡Ya basta! No estoy tratando de demostrar nada —volvió la furia a sus ojos, una que no pedía explicaciones ni ofrecía tregua.

—Sí, padre. Sí. Coma —dije pasándole un plato y retirando su vaso de whisky.

Me miró con indiferencia.

—Quieres que vea que necesito tu presencia aquí, ¿no? —agarró el tenedor y empezó a comer.

—No. Estoy haciendo esto solo porque madre lo querría —confesé con temor a su reacción—. Porque William también lo querría.

Apretó los labios. Sus ojos coléricos me miraron. El brillo de la ira se fue transformando en una profunda tristeza. Podía ver su lucha interior.

—Lo que yo quería es no estar solo. Quería que volvieras.

—En serio, padre? ¿Quería que volviera?

—Pregunta bastante simple —dijo comiendo otro bocado.

—¿Le molestó que no fuera yo?

—¿Qué dices?

Las nubes se acumulaban en el exterior tapando el sol. La cocina se volvió a oscurecer dejándonos en penumbra.

—Estoy hablando del día en que usted me dio la espalda, el día que mi hermano William murió.

—No es verdad. ¿Qué estás diciendo?

—Alguien me encontró perdido y desesperado en el muelle. Estaba empapado y muerto de frío. Me llevaron a una taberna que hay en Leith, me sentaron en un banco y me echaron una manta por los hombros. No sé cómo supieron quién era yo y dieron con

usted. Tenía tanto frío y estaba tan aterrorizado... no podía dejar de temblar.

Mi padre miraba con los ojos muy abiertos. Su labio inferior comenzó a temblar. Parecía alguien a punto de derrumbarse.

—Cuando usted llegó, pude oír una voz que trataba de explicarle que uno de sus hijos había muerto en el muelle. Usted no dijo nada y, antes de que pudiera saber cuál de los dos era, se apresuró a entrar y me vio allí, solo, sentado, destruido, una trágica sombra de apenas ocho años tapada con una manta vieja. Nunca lo olvidaré. Vi la mirada de la decepción en su cara. Sin decir nada, usted salió. Se fue, dejándome solo.

Abrió la boca.

—No sentí nada. Decepción, ni mucho menos —negaba mirando al plato.

—Dígame la verdad —lo reté—. Yo mentiría si le dijera que no he sufrido por ello desde entonces.

Se tapó la cara.

—Admito que cuando te largaste no pude evitar pensar que William podría haber hecho más con su vida.

—Sí. Mucho antes también —dije temblando.

Mi padre se derrumbó. Soltó el tenedor y juntando los brazos los apoyó en la mesa. Metió la cabeza en el hueco. Durante unos minutos se agitó con cada sollozo. Al fin se incorporó.

—¿Cómo has podido pensar semejante cosa? —dijo gimiendo.

—¿Me equivoco?

Desde la silla me miró como nunca antes me había mirado, buscando en mi rostro respuestas que no se atrevía a pedir. Durante largo tiempo mi padre lloró. Fue un llanto lento y calmado. Yo sentía que sus lágrimas eran las mías que, esta vez, no brotaban. Por vez primera en mucho tiempo sentía paz en mi interior. Me acordé de Briggs en el Támesis.

—William no murió por ti —dijo sin moverse—. Tú no eres responsable de la muerte de tu hermano, Alex. Tú, no.

—Nos dijo usted que arregláramos el tejado —la imagen vívida de aquella mañana se presentó como una cuchillada ante mí—. Y nos fuimos al puerto.

—Lo dije a los dos. Tú eras un niño. Y él un chico haciendo lo que hacen los chicos.

—Pero nosotros... —dije a punto de sollozar.

—Alex, recuerda Lucas 22:42. “¡Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz! Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Fue un accidente. Un accidente —repitió.

Me miraba con un brillo de expectación en sus ojos. Seguía llorando, pero por primera vez en mucho tiempo había calma en su rostro.

—Trágico, pero un accidente —repitió moviendo la cabeza.

—A menudo pienso en lo que mi hermanoería ahora si viviera.

—¿Crees que yo no? —dijo sollozando

Se quedó unos instantes en silencio, mirando a la ventana, buscando consuelo. Lloraba con paz.

—Quiero saber qué vas a hacer tú, Alex —se volvió a mí—. Quiero saberlo.

Quiso ponerse en pie, pero la pierna falló. Con gesto de dolor se derrumbó en la silla, como un animal herido. Abrió los brazos.

—Alex, ven.

Me levanté y lo abracé.

—Padre, lamento tanto lo que ha ocurrido —dije sintiendo su abrazo cálido y fuerte, de esos que hacen que el mundo desaparezca por un instante.

Estuvimos abrazados hasta que se hizo noche cerrada. Un abrazo silencioso, acogedor y genuino. Después hablamos hasta que el sol volvió a estar en lo alto.

Edimburgo, 3 de agosto de 1736

Londres, 18 de agosto de 1736

Volví de Edimburgo a Londres tres semanas después de haber emprendido el regreso a casa. Tuve suerte y lo hice por mar, en el *Squirrel*, un bergantín cargado de lana para manufacturas que aceptó llevarme como pasajero a cambio de unos chelines. Navegar sin trabajo asignado fue extraño. Agradable, sí, pero con esa incomodidad de quien ocupa un sitio que no ha ganado. Así que, por no aburrirme ni sentirme inútil, ayudaba al capitán con lo que hiciera falta. Seis días de navegación y poca conversación. El mar, cuando no exige, adormece.

Desembarcamos en Gravesend, bajo la bruma sucia que cuelga del faro de Chapman. Desde allí tomé un carro directo a Londres. Volví, sin saber por qué, al *Bell & Bear*. La posada olía a lo de siempre: cerveza rancia y humedad rencorosa. Pero Briggs ya no estaba allí. En su lugar, me recibió Theresa, la hija del posadero, más sudorosa y grasienta que nunca, con la cara brillante y el pelo cayéndole en mechones apelmazados. Su padre trajo detrás, refunfuñando entre ollas y humo.

—Vaya, vaya... el pelirrojo está aquí otra vez —dijo con una sonrisa que enseñaba dientes amarillos como cuentas de marfil viejo—. Y ya hecho todo un hombrecito.

El tono me revolvió el estómago. Estuve a punto de dar media vuelta.

—¿Está Jack Briggs aquí? —pregunté, sin saludar.

—Bah. Ese marinero asqueroso... —empezó, pero no terminó.

—¿Qué?

—Se largó sin pagar la última semana. Hace diez días. Todos iguales. Los marineros son todos iguales —y escupió al suelo con la autoridad de quien ha dicho una verdad universal.

—¿Dijo a dónde iba?

—Más le vale que no —volvió a escupir—. Si lo pillo, lo dejo sin dientes.

Y podía hacerlo. Lo supe en cuanto la miré de nuevo.

—A ver, guapito —añadió sonriendo de nuevo—. Olvídate de ese viejo asqueroso. Aquí te vamos a cuidar muy bien.

—Necesito hablar con él. Me dejó una carta.

Al oír eso, se iluminó. Se volvió hacia un cajón, hurgó y sacó una hoja doblada y ladrada.

—Dijo que guardara esto.

La sostuvo en alto como si subastara una joya. Balbuceó al leer.

—Do... don Alexander... Camp...

—Alexander Campbell. Es mía —dijo.

Ella sonrió, metiéndosela entre la pechera. Tenía un pecho generoso y firme como una trampa.

—Te guarda esto Theresa, con mucho cuidado. No se pierde, no.

Y vienes esta noche a recogerlo.

Sentí cómo la sangre me bajaba del rostro.

—Dámela ahora. Por favor.

—Lo que te voy a dar es la mejor habitación —dijo guiñando un ojo—. Muy cerca de la mía.

—Te pago lo que debe Briggs. Me das la carta y el paquete y me voy.

—Ja. Claro que sí, hombrecito —se alejó entre carcajadas—. El paquete está también. Parece ropa. Lo dejó con la carta.

Se volvió para mirarme.

—Está en mi cuarto. El de la S roja en la puerta. Esta noche. No antes. ¿Lo has entendido, guapo? Y no te equivoques de puerta.

Me pasé la tarde caminando junto al Támesis. La visión de los barcos me tranquilizaba. Pero el pensamiento de la carta y el paquete, atrapados entre los pechos de esa mujer, me angustiaba como una fiebre. ¿Y si era del capitán Raymond? ¿Y si no lo recuperaba? ¿Dónde estaba Briggs?

Volví al *Bell & Bear* al anochecer. No para dormir. Para terminar con aquello. Subí directo a mi habitación. Abrí la ventana. El olor era el mismo: cerrado, a orines viejos. Esperé a que la posada

durmiera. No había deshecho mi petate. Lo dejé junto a la puerta de la habitación que cuidé de dejar entreabierta.

Salí en silencio. La luna iluminaba el pasillo.

Con sigilo di unos pasos hasta una puerta con una gran S pintada en rojo, cerca de la ventana. Dudé si llamar. Al fin di dos golpecitos. Se abrió la puerta y una mano me agarró y me metió dentro cerrando sin hacer ruido.

La habitación estaba oscura. Había una vela encendida sobre una mesita.

—Shhh. Ni un ruido si quieres salir vivo —susurró Theresa.

—Ya. Quiero saber si mi carta y el paquete están aquí —dijo lo más quedamente que supe.

—No te preocunes, guapito, están aquí —dijo contoneándose— . Cuando acabemos te los llevarás.

Theresa se había recogido el pelo detrás. Llevaba un camisón sucio, ceñido por un lazo flojo. Se acercó con sus carnes blandas y calientes. Me besó el cuello. Me toqueteó como si fuera su cena. Yo buscaba con la mirada.

Se abrió el camisón. Vi su cuerpo blanco y pesado como una masa de pan crudo. Me estremecí. Olía a cocina y larga jornada de trabajo. Aparté la cara y traté de buscar mis objetivos rastreando con la mirada, mientras ella manoseaba mis posaderas y se solazaba en mi cuello. La cama estaba a medio hacer. Sentí náuseas, pero me controlé. De un tirón levantó el faldón de mi camisa. En la mesita, junto a la vela, vi la carta. Detrás, un armario. Los dedos de Theresa descendieron audaces para soltar mi calzón y me produjeron un estremecimiento.

—Espera —dije apartándola—. Déjame respirar.

Retrocedió sorprendida. Me miró con perplejidad. Dejó caer el camisón al suelo y reculando se echó sobre la cama. Se oyó un crujido.

—Ven aquí —dijo alzando una mano.

—Necesito un orinal —dije dirigiéndome al armario.

Lo abrí. Allí había ropa y todo tipo de cachivaches.

—¿Qué haces? —dijo confundida. Se revolvió en la cama que rechinaba a punto de ceder.

Rebusqué y algo llamó mi atención. Un paquete bien cerrado. Un paquete grande, envuelto en lona, cerrado con un nudo perfecto, marinero. Briggs. No había duda.

—Ahí no hay ninguno, imbécil —dijo con fastidio—. Ven aquí, está debajo de la cama.

Sin hacer ningún movimiento brusco, con sencillez, cogí el paquete bajo el brazo. Me giré. Simulé que me quitaba la camisa. Al pasar por la mesita, cogí la carta, como quien no quiere la cosa. “Alexander Campbell” escrito con excelente caligrafía. Con un nudo en la garganta la metí en el calzón.

Ella, desnuda, me miraba tendida sobre la cama con los ojos muy abiertos, jadeante como una foca enferma en la arena.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que tengo que hacer, Theresa. Lo siento.

Abrí la puerta, cerré sin ruido y corrí por el pasillo. Cogí el petate en una mano, el paquete en la otra y bajé las escaleras de dos en dos. No había nadie. La posada dormía.

—¡Al ladrón! ¡Me han atacado! —gritó una voz aguda desde arriba.

No miré atrás, ni falta que hacía. Eché a correr bajo el cielo negro de Londres. El aire frío me devolvió el aliento. Corré en la oscuridad por Fish Street, con mi petate a la espalda, el paquete bajo el brazo y la carta en el calzón, directo al río. Allí donde las cosas vuelven a empezar.

Londres, 18 de agosto de 1736

Portsmouth, 1 de octubre de 1736

Me refugié en el sur de Londres, al otro lado del Támesis, donde el río se ensucia más y la niebla parece más espesa. No volví a cruzar el Puente de Londres en todo el verano, al otro lado no había más que sombras que no me interesaban. Elegí una fonda discreta, la *Ship Inn*, cerca del hospital de Saint Thomas. No era mejor ni más limpia que el *Bell & Bear*, pero sí tenía dos salidas a calles concurridas y oscuras. Eso bastaba para desaparecer, y yo quería eso: estar lejos, no existir, mientras el mundo giraba sin mí.

La habitación era pequeña, con una cama encima por el centro, un armario que parecía haber sobrevivido a una batalla y una mesa con una silla deportillada. La ventana daba a Walnut Tree Lane, una travesía estrecha donde se oía el rodar de los carromatos y el ladrido de perros escuálidos. Me senté en el borde de la cama y abrí el sobre. Era la primera vez que recibía una carta lacrada. Me temblaban las manos.

El sello era de lacre rojo, brillante, con el escudo de los Raymond. Dentro, dos papeles con caligrafía elegante y sobria. El papel tenía esa textura áspera y suave que recuerda a la cáscara del huevo.

Exmouth in Devon, 6 de agosto, 1736

Señor Alexander Campbell,

Habiendo usted servido bien en el navío Wager, se ha mostrado leal y eficiente. Le he ofrecido una recomendación para su admisión en la Royal Navy Academy con el propósito de que se desempeñe como guardiamarina y, quién sabe, quizás en el futuro como oficial de la Marina.

Usted posee las aptitudes necesarias. Estudie, trabaje y actúe con diligencia. Adjúntole un uniforme de guardiamarina, que habrá de servirle para el empleo.

Al llegar a la Academia, preséntese ante el Capitán Byng el día primero del próximo mes de octubre del año en curso, y hágale entrega de la carta de presentación que asimismo se adjunta a esta.

*Con mis mejores deseos,
Capitán Charles Raymond
Essex of Devon*

La firma estaba compuesta por el nombre del capitán y un intrincado garabato rematado como un muelle. La otra carta no iba dirigida a mí, sino a un capitán de la *Royal Navy*.

Al Capitán John Byng, Royal Navy Academy, Portsmouth

El joven que hace entrega de esta carta es un aspirante a guardiamarina que responde al nombre de Alexander Campbell. Ha servido satisfactoriamente bajo mi mando en mi último viaje a la India con puntualidad y cumplimiento. Creo que tiene madera de oficial. Lo dejo en sus sabias manos, con la esperanza de que se beneficie de su guía y protección.

*Dios salve al Rey.
Capitán Charles Raymond*

Ver mi nombre escrito con aquella caligrafía impecable, coronado con el título de señor, me llenó de un orgullo tan turbador como efímero. Dejé las cartas sobre la mesa.

Coloqué el bulto encima de la cama y lo abrí. Dentro había un uniforme de guardiamarina que debía de costar una fortuna. Pasé los dedos por el abrigo azul oscuro de lana, admirando su diseño sin solapas y sintiendo su textura firme y suave. Cada prenda tenía algo de ceremonia. Acariciaba la tela con la esperanza de convertirme, al hacerlo, en quien debía ser. El abrigo azul, los botones de peltre, la camisa blanca con olor a lino húmedo... todo parecía más propio de un oficial que de mí. Y sin embargo, era mío.

Sacaba cada pieza del paquete como en un ritual religioso, embelesado. Los zapatos eran negros, relucientes, con hebillas brillantes. Me los probé y noté que eran un poco grandes. Decidí que pondría papel para ajustarlos. Dudé. ¿Serían todas las prendas demasiado grandes? ¿Cómo podría usarlas en la Academia? Al probarme el chaleco y los pantalones, confirmé que también eran grandes. Me puse la camisa y quedaba muy holgada. Me consoló pensar que estaba creciendo y entretanto tendría que llevar la ropa holgada. Tendría que hacer yo mismo algunos arreglos. El capitán no había escatimado en nada. Había incluido una espada corta y un cuaderno.

Desplegué todo sobre la cama y estuve contemplándolo absorto. ¿Estaría a la altura de lo que el capitán esperaba? Había prometido a mi padre volver a casa convertido en oficial de la *Royal Navy*. ¿Qué pensaría Briggs si me viera en esta situación? Me di cuenta de que me empezaban a temblar las manos. Me concentré en recoger con esmero todo el uniforme de nuevo en el paquete y lo guardé bajo la cama. Salí a andar y serenarme.

Los días del verano pasaron rápido. Aproveché para recorrer los muelles de Londres y, especialmente, los astilleros de las orillas del Támesis. El bullicio del astillero de Rotherhithe me fascinó. Dos barcos imponentes tomaban forma bajo la atenta mirada del constructor y el trajín de los carpinteros. El golpeteo de los martillos resonaba en el aire mientras las piezas de madera crujían y se ajustaban en su lugar al clavarlas.

—¿Cómo se va a llamar ese barco? —pregunté a un carpintero que salía del dique seco. Llevaba un mandil de cuero con herramientas colgando.

Yo estaba sentado en un noray del puerto. Me miró con extrañeza.

—¿Y eso? —frunció el ceño, marcando las arrugas y cicatrices de su cara curtida por el viento y el salitre.

—Me gustan los barcos —expliqué señalando al río—. Y el mar.

Era un hombre fuerte de mediana edad, con ojos color azul claro y cabello rubio, ligeramente opaco por la mezcla de polvo de madera y sudor, que se extendía hasta la mitad de su espalda, recogido en una coleta baja y sencilla.

—Se llama *Rye*.

—Fragata de sexta categoría, señor —añadí—. ¿Cuántos cañones?

—Vaya. El chaval sabe de barcos —dijo con cara alegre. Su rubia barba se abrió en una sonrisa franca—. Veinte, chaval, veinte. ¿Cómo te llamas?

—Campbell —dije, levantándome de un salto y tendiéndole la mano—. Alexander Campbell.

—John Allen —respondió con un apretón firme con su manaza encallecida y una sonrisa que parecía tallada en madera—. Carpintero.

No sabía muy bien qué decir. Una equivocación y seguramente se iría dejándome allí.

—Gracias, señor Allen, lo invito a una cerveza.

Me miró extrañado y una gran sonrisa iluminó su cara.

—Venga esa cerveza —volvió a sonreír—. Pero solo si dejas de tratarme como a un lord. Llámame John.

Riendo nos dirigimos a *Three Steps Tavern*, un tugurio frente al río que tenía tres grandes toneles rojos en la puerta. El lugar era desagradable, oscuro y sucio, pero para mí fue un refugio en el que, durante los siguientes días de cerveza y charlas, John me habló sobre la construcción de barcos, la importancia de las maderas, el proceso constructivo, las piezas de madera ensambladas y de los barcos que había visto construir. Era un mundo nuevo para mí. Por entonces no sabía cuánto iba a impactar en mi vida.

Al final del verano, los días se fueron volando, como nubes arrastradas por un viento imparable. Londres y el astillero de Rotherhithe me habían servido de hogar momentáneo, pero ahora ya no estaba Briggs y mi destino final estaba en Portsmouth. En la

Academia. Empaqueé mis pertenencias, dejé atrás la *Ship Inn* y por segunda vez tomé la diligencia que partía hacia el sur. Esta vez, solo. Atrás quedaba Londres y surgía de nuevo la ansiedad. Fría y punzante, aferrándose al pecho como un corsé demasiado ajustado. No podía defraudar a mi padre, ni al capitán Raymond, ni a Briggs. Tampoco a William.

Al llegar a Portsmouth busqué una fonda para un par de días. Los que faltaban para entrar en la Academia. Por delante, solo quedaba un horizonte incierto, tan afilado como la hoja de un cuchillo flamenco.

Portsmouth, 1 de octubre de 1736

— 3 —

Cayambe, 11 de septiembre de 1736

Antes del alba, Bouguer, Verguin y Juan salieron con paso decidido a reconocer la vertiente occidental del valle. Verguin la había explorado en solitario días atrás. Después de una hora de marcha silenciosa a pie, entre nieblas matinales y un frío que calaba los huesos, llegaron hasta un punto marcado previamente con una piqueta.

—Aquí lo tienen, caballeros —dijo Juan señalando el lugar—. El extremo occidental de nuestra base.

Bouguer observó atentamente la zona, en silencio.

—¿Está usted seguro? —preguntó finalmente con gesto reflexivo—. No tiene mala pinta, pero convendría revisarlo mejor.

—Es un buen lugar —insistió Juan—. La inclinación no es excesiva, relativamente despejado, con vistas claras hacia las montañas.

Durante el verano, los expedicionarios habían dedicado su tiempo en Quito a preparar material para los trabajos posteriores: tiendas de campaña, prendas de abrigo, piquetas, instrumentos de medición y accesorios. De sus tratos con los quiteños tenían información sobre valles y llanos idóneos para la medida de la base sobre la que apoyar toda la medición posterior.

Bouguer y Godin convinieron, finalmente, que el lugar adecuado resultaba ser el valle de Cayambe, un lugar bellísimo, de vegetación boscosa, aunque con un clima frío, situado a doce leguas de Quito. Allí enviaron a Couplet y Verguin para explorar y reunir información. Tras ellos, pocos días después, Bouguer y Juan marcharon para fijar los extremos de la base.

—Lo comprobaremos bien —Bouguer hizo un gesto ambiguo, dejando la puerta abierta—. Marquémoslo provisionalmente.

Indicó a los indios ayudantes dónde colocar las piquetas. Uno de ellos, joven y de mirada despierta, se acercó tímidamente a Juan.

—Perdone, señor... ¿Puedo preguntarle algo?

—Claro. ¿Cuál es tu nombre?

—Chikan, señor.

—Pues pregunta, Chikan.

—Ustedes, ¿buscan oro o plata?

Juan frunció el ceño, sorprendido.

—No, Chikan, no buscamos oro ni plata —dijo Juan con una sonrisa breve, aunque su expresión denotaba sorpresa—. ¿Por qué piensan eso?

—Tanto esfuerzo...

—Mira, Chikan, buscamos medir la tierra, no oro ni plata.

El indio lo miró desconcertado.

—Mis amigos dicen otra cosa. Y preguntan por qué no han traído concubinas.

—¿Cómo dices? —Juan abrió los ojos, incapaz de reaccionar.

—Aquí los hombres poderosos siempre llevan muchas mujeres.

Creíamos que las tenían escondidas.

Juan no supo qué responder, perplejo. Bouquer miraba confundido.

—No hay mujeres escondidas. Y eso es todo —zanjó Juan secamente.

—Pero señor... el padre que dijo misa el domingo tiene tres concubinas. Uno de los ayudantes de misa era hijo suyo —insistió Chikan con inocencia.

Juan sintió un calor incómodo subiéndole por el cuello.

—Ya basta, Chikan. No hay concubinas, punto. Ya hablaré con el cura.

Esa misma tarde apareció La Condamine, sonriente y decidido, desmontando de su caballo con aire triunfal.

—Buenos días, señores. ¿Cómo van los preparativos?

—Aquí estamos, Monsieur —respondió Bouguer con cierta frialdad, señalando la estaca—, marcando la base occidental.

—Perfecto, pero escuchen: he encontrado un llano mejor. Cerca de Quito, se llama Yaruquí. Tan bueno o mejor que este: plano, sin obstáculos, y mejor clima.

Bouguer lo miró como si acabara de escuchar un trueno en pleno cielo despejado.

—¿Trasladar la base ahora?

—Por supuesto —replicó La Condamine categórico—. Sería una tontería no aprovecharlo.

—Suena prometedor —admitió Bouguer—. Pero si trasladamos la base cada vez que encontramos un nuevo llano, jamás empezaremos las mediciones.

Bouguer, buscando consenso, se volvió hacia Juan, que se ajustaba el capote con manos frías. El aire en el valle era cortante, y el viento arrastraba un olor viejo a tierra húmeda, madera... e impaciencia.

—Todavía no hemos iniciado mediciones —respondió el español, sin mirar—. Estamos a tiempo.

—Esperemos a que Godin opine —propuso Bouguer, más por prudencia que por convicción.

La Condamine asintió desde lo alto de la montura.

—Perfecto. Esperemos a Monsieur Godin. Y no se preocupen tanto. Esto es América, caballeros. Aquí, si algo sobra, son los contratiempos. Por cierto, ¿cómo se encuentra Couplet? Cuando partimos de Quito ya parecía medio enterrado.

No esperó respuesta. Espoleó el caballo y se alejó. Bouguer suspiró. A veces Juan no sabía si admirar a La Condamine... o retorcerle el cuello. Su entusiasmo era contagioso, sí. Pero tenía esa peligrosa costumbre de disfrazar las órdenes de sugerencias y enredar a cada paso.

Aquella noche se reunieron en la cercana hacienda de Ayora. El fuego ardía en el centro del refectorio, más humo que calor.

Cenaban en silencio un guiso de cerdo con papas, cocinado por un indio menudo y escurridizo llamado Chiquito, en una olla que parecía haber sobrevivido a todas las guerras del continente.

El primero en romper el silencio fue el dueño de la hacienda, Huanco, un cholo de rostro impenetrable y pocas palabras.

—¿Entonces se marchan de aquí?

—Sí, señor —respondió Juan con calma—. El llano de Yaruquí parece mejor opción.

Huanco les dirigió una mirada sombría. Era de esos hombres que hablaban en frases cortas y pensaban en silencios largos.

—Allí sopla viento fuerte. El turbión, cuando llega, arranca árboles, casas, hombres. Ustedes sabrán.

Juan sostuvo la mirada sin pestañear.

—Agradecemos el aviso. Pero preferimos estar más cerca de Quito. Por transporte, sobre todo.

—Como gusten. Si se arrepienten, esta sigue siendo su casa.

—Gracias. Cubriremos todos los gastos. Un grupo con los señores Seniergues, Godin y Ulloa se quedará aquí, hasta que Monsieur Couplet esté recuperado.

Huanco miró al francés enfermo con el gesto abatido de quien ve cosas y ninguna buena.

—¿El calenturoso?

—El mismo —asintió Juan.

Los ojos del cholo, rasgados como navajazos, brillaron al reflejo del fuego. Habló despacio, sin apartar la vista de Couplet.

—Ese hombre tiene la sombra en la cara. Con la luna habrá partido.

Couplet, que hasta entonces había temblado en silencio, con los ojos cerrados, los abrió de golpe.

—No te preocupes, Jacques —dijo Seniergues, acercándose—. Cascarilla de Loja y un buen sangrado. Los indios juran por ello. Esta noche estarás mejor.

Huanco no dijo nada. Observaba al francés como quien mira un animal moribundo y no sabe si apiadarse o apostar.

Couplet, envuelto en su manta, cerró los ojos de nuevo. El cuerpo seguía temblándole como si quisiera escapar de sí mismo.

—Ánimo, Monsieur Couplet —añadió Ulloa—. Como dicen en Cádiz, no hay mal que cien años dure.

El francés intentó sonreír. No lo logró.

La Condamine, que no había dicho una palabra desde la cena, alzó su copa de aguardiente y bebió sin prisa, sin gesto. Luego siguió mirando el fuego. Perplejo. O ausente. Tal vez allí, en las brasas, podía leer una respuesta a sus cavilaciones.

Cayambe, 11 de septiembre de 1736

Oyambaro, 19 de septiembre de 1736

La víspera, los expedicionarios lo habían dejado todo dispuesto con la precisión casi castrense que exige la ciencia cuando se enfrenta al cielo. Tocaba madrugar: un eclipse lunar debía asomar ese día, y las tablas traídas desde París marcaban el momento sin margen para el error.

Un par de horas antes del amanecer, tras una comida frugal en la hacienda de Oyambaro —más obligación que alimento—, La Condamine, Bouguer, Juan y sus ayudantes instalaron los telescopios, aliviados al comprobar que, por una vez, el cielo parecía dispuesto a colaborar. Sin nubes, sin viento. Un pequeño milagro entre volcanes.

A cierta distancia, el mayoral y varios indios de la hacienda los observaban en silencio. Había en sus ojos una mezcla de temor, reverencia y esa resignada conformidad con la que los pueblos antiguos asisten a los caprichos de los hombres blancos. Para ellos, aquello era poco menos que un ritual de hechicería: instrumentos de cobre, tubos, relojes y apuntes, todo dirigido hacia una luna que todavía brillaba entera. Nadie se atrevía a hablar.

La llanura de Yaruquí, seca, vasta, ligeramente polvorienta, ofrecía esa belleza callada que solo la altitud puede conceder a la luz de la luna: ríos que serpenteaban como venas verdes, tierras duras salpicadas de hierba rala, y al fondo, siempre, los colosos nevados vigilando. Aquí y allá, unas pocas casas de adobe cobijaban vida humilde en el llano.

Tras días de explorar el terreno, los científicos habían elegido ese valle como su campo base. Entre las haciendas de Oyambaro, al sur, y Caraburu, al norte, habían trazado su línea recta con una devoción casi mística, clavando piquetas como estandartes en tierra enemiga.

Pero esa mañana, la geodesia podía esperar. El eclipse mandaba.

A las ocho, según París y sus tablas, el fenómeno debía comenzar. Y desde mucho antes, todo estaba ya en orden: La Condamine ajustaba el telescopio con dedos rápidos, Bouguer y Hugot manejaban el reloj con precisión de armero, y Juan —libreta en mano, la mirada entre práctica y expectante— aguardaba las indicaciones como un alférez aguarda la orden de fuego.

—Inicio del eclipse —anunció La Condamine con voz firme.

—7 horas, 47 minutos y 17 segundos —confirmó Bouguer.

Luego siguió una precisa enumeración de accidentes lunares y horas exactas, que Juan anotaba con letra pequeña y meticulosa:

—Entra Galileo, 7 h 51' 04". Mare Humorum, 7 h 55' 39".
Keplero, 7 h 56' 49". Aristarco, 7 h 58' 29"...

Así completaron catorce precisas anotaciones. Hasta que el eclipse concluyó poco antes de las nueve.

—Muy bien, caballeros —dijo La Condamine, complacido—. Excelente trabajo.

—Confíemos ahora en que nuestros compañeros de Cayambe y los observadores en París hayan tenido igual suerte —añadió Bouguer.

Tras saludarse brevemente, comenzaron a recoger con cuidado los instrumentos, mientras los sirvientes locales observaban todo con una mezcla de asombro y recelo, aplaudiendo sin entender del todo lo que habían presenciado.

Al caer la tarde, cuando ya descansaban en la hacienda, llegó un correo de Cayambe.

—Es de Ulloa —anunció Juan con inquietud.

—Ábralos —pidió Bouguer con ansiedad.

Juan desplegó la carta con cuidado y empezó a leer en voz alta:

Señores:

Las observaciones y mediciones del eclipse lunar de esta mañana han transcurrido sin incidentes, con cielo claro y preciso. Adjunto enviamos las notas correspondientes para su cotejo. Habiéndola finalizado y teniendo por recogido el instrumental, vínosnos un indio de la hacienda a comunicar que Monsieur Couplet había expirado y diciendo que por haber ocurrido esto justo cuando nos hallábamos importunando a la luna, esta habíase lo llevado consigo en canje.

En vista de que nada nos retiene ya aquí, Monsieur Godin y yo partiremos mañana hacia la hacienda Oyambaro, donde se encuentran ustedes.

Dios tenga en su gloria a Monsieur Couplet y guarde sus vidas muchos años.

Cayambe, 19 de septiembre de 1736. Don Antonio de Ulloa

Un pesado silencio se extendió entre los expedicionarios tras la lectura. Bouguer apretó los labios y dejó su vaso sobre la mesa. Nadie habló durante un largo rato, como si el silencio —espeso, contenido, hondo— fuera la oración precisa para aquella inoportuna desventura.

Juan dobló lentamente la carta, guardándola con respeto.

—Continuaremos nuestro trabajo en su memoria —dijo finalmente con voz grave—. Que su sacrificio no haya sido en vano.

Oyambaro, 19 de septiembre de 1736

Oyambaro, 21 de septiembre de 1736

La lluvia no había dado tregua desde el mediodía. Juan, con las piernas cruzadas y un compás en la mano, examinaba una hoja de cálculos bajo el soportal de la hacienda. A su lado, Olinguito limpiaba meticulosamente los instrumentos. Era un crío silencioso, delgado, pelo largo sobre los hombros y unos ojos como carbones que absorbían cada movimiento de Juan. Se cubría con un poncho raído y chullo. Solo frotaba y miraba. Ese modo que tienen algunos niños de mirar: sin pestañear, queriendo aprender el mundo entero de una sola vez.

Juan fue el primero en hablar.

—¿Cuántos años tienes?

—Once, señor teniente.

—A mí me mandaron a Malta con doce. No sabía nada del mundo, y ya llevaba espada. Aprendí deprisa.

Olinguito no respondió. Sacaba brillo al cuarto de círculo con sus dedos pequeños y delgados.

—¿Muchos hermanos?

—Cinco. Yo soy el mayor. Hay que ayudar a mi papá.

—¿Y tu madre?

—Cuida la casa y trabaja en una hacienda. Lava ropa en casa de unos mestizos. Casi no duerme.

Juan asintió despacio.

—Apenas conocí a la mía. Me criaron mis tíos. Uno era canónigo, el otro caballero de Malta. Entre los dos me metieron el Evangelio y las matemáticas a partes iguales.

—¿Usted es fraile?

—Parecido: monje y soldado. De la Orden Hospitalaria de San Juan de Malta. Votos de obediencia, pobreza y castidad. Se reza mucho, pero también se dispara. Cuando toca.

Olinguito esbozó una sonrisa leve, breve como el reflejo de una hoja bruñida.

—¿Sabes el padrenuestro?

—Sí, don Jorge. En quechua. Y en castellano también. Los agustinos nos lo enseñan.

Juan dejó el compás a un lado.

—¿Y leer?

—Un poco. Las letras. No sé juntarlas bien.

—No importa. Eso se arregla. Aquí vas a aprender a leer y a contar. Los números, sobre todo. Son los que explican el mundo. Además de la fe.

El niño asintió sin dejar de mirar con ojos grandes. Juan se giró hacia él.

—Y no te preocupes por tu familia. Yo me encargo de que tengan lo necesario. Tú aquí no vas a ser carga para nadie.

El viento soplaba desde los montes, trayendo más lluvia fría.

—Gracias, señor teniente.

—Llámame don Jorge, si te es más fácil.

Se quedaron en silencio. El marino volvió a sus cálculos. Olinguito miraba la hoja. Al cabo de un rato, se atrevió:

—¿Ese número... qué quiere decir?

Juan sonrió sin levantar la cabeza.

—Que el cerro que tenemos enfrente cubierto de nubes está exactamente a trece mil trescientos pies sobre el nivel del mar. Pronto lo subiremos.

—¿Yo también?

—Por supuesto. No pienses que solo has venido a mirar.

El niño enderezó los hombros bajo el poncho.

—Nunca he estado en el mar. ¿Cómo es?

—Inmenso, bello, peligroso, implacable —dijo Juan mirándolo a los ojos—. También lo verás.

—Entonces tendré que aprender muy rápido, don Jorge.

—Sí —dijo el marino—. Y no te preocupes. Lo harás.

Godin, Ulloa, Seniergues, Jussieu y el resto del grupo avanzaban con lentitud bajo una lluvia tenaz que no aflojaba. Mojados hasta el alma, las capas pesaban como plomo y las ropas se pegaban al cuerpo como vendas de muerto. Los caballos resoplaban, las mulas patinaban en el barrizal que tragaba los cascos hasta el corvejón. Desde Cayambe a Oyambaro el camino fue un suplicio. Lodo hasta la rodilla, viento con filo y ese silencio agrio que traen las malas noticias.

Anochecía. Una tarde gris de esas que duelen en los huesos. Tras la cortina de agua apareció la silueta de la hacienda, oscura y hosca, como un refugio al final del infierno.

Juan aguardaba bajo el soportal con Olinguito. Al verles, se levantó despacio.

—Bienvenidos, caballeros —dijo con voz grave—. Mis condolencias por Monsieur Couplet.

Godin bajó la cabeza. La voz le salió baja, casi un hilo.

—Gracias, don Jorge.

Seniergues negó con la cabeza, los labios apretados. Tenía el pelo pegado a la frente y barro hasta las pantorrillas.

—Todavía no entiendo cómo ocurrió. Salimos de Quito con Couplet algo tocado, sí, pero nada serio. Un resfriado sin importancia. Y de pronto... el 17 empeora. El 19 está muerto. Sin saber qué se lo llevó. Apenas tuvo tiempo de prepararse. Ni confesión. Ni paz.

—Una desgracia —asintió Juan, con esa expresión que a veces se tiene para no mostrar lo que se piensa—. Pasen. Aquí fuera sigue cayendo como si el cielo se estuviera vengando de algo.

Los franceses cruzaron al atrio, sacudiendo la lluvia como perros cansados. Godin se quitó el capote encerado con gesto mecánico. Lo mismo con el sombrero, que aún chorreaba agua por el ala.

—¿Y la base? —preguntó, sin rodeos.

Juan señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Los extremos ya están fijados. Uno aquí mismo, en Oyambaro. El otro en Caraburu, dos leguas y media al norte. Hoy estábamos plantando piquetas... pero esta tormenta nos ha metido el dedo en el ojo.

Godin asintió. Tenía la cara de un hombre que ha dormido poco y enterrado a alguien que apreciaba.

—Entonces esta noche organizamos el trabajo. Vamos con retraso. ¿Dónde están La Condamine y Bouguer?

—Sé dónde encontrarlos —dijo Juan ya de espaldas—. Olinguito, ve a buscarles. Diles que los necesitamos.

El joven indio salió corriendo sin hacer una pregunta. No le hacían falta.

Godin se volvió a los suyos.

—Vamos a instalarnos. Luego nos vemos en la cena.

Y entraron todos, uno tras otro, dejando a su paso un reguero de barro, agua y pena.

La noche había caído como una losa, y el grupo se sentaba en torno a una mesa vieja, de madera gastada, bajo la luz temblona de varios velones de aceite. El aire olía a guiso, cera rancia y ropa mojada. Manuel Urbina, un criollo de espaldas anchas, mostacho imponente y manos como palas, servía con más voluntad que tino. Llevaba el aliento a tabaco negro y humedad.

—Frijoles con cerdo y queso de oveja —anunció, con el aire de quien ofrece faisán a un rey—. Y vino de casa. Fuerte, pero honrado.

Mientras llenaba torpemente las copas, soltó la pregunta que tenía atascada en la garganta desde hacía días.

—¿Esto de medir tierras es orden del corregidor? ¿O del presidente de la Audiencia?

Juan lo miró tranquilo, con la copa en la mano.

—Ni lo uno ni lo otro, don Manuel. Nada que ver con impuestos. Puede usted dormir tranquilo.

—Pues se dice otra cosa por Yaruquí —gruñó el criollo, secándose el sudor de la frente con la manga—. Que vienen a buscar oro. Piedras. Que algo esconden.

—Nada de eso —replicó Juan, paciente como un fraile viejo—. Estos señores académicos vienen de París. Medimos la Tierra. Su forma. Su tamaño.

Urbina abrió los ojos.

—¿La forma de la Tierra? ¿Aquí? ¿Y han cruzado el mar para eso?

—Exactamente —dijo Godin con media sonrisa—. Estamos justo sobre el ecuador. El sitio perfecto.

El criollo resopló.

—Pues no va a ser fácil explicárselo a los paisanos.

—No hará falta —añadió Godin—. Ya lo verán.

—Ustedes no conocen a la gente de aquí —bufó Urbina, removiendo el guiso con un cucharón que parecía un remo—. Pero en fin... ¿quieren más?

—Gracias, don Manuel —cortó Juan con cortesía militar—. Pero necesitamos organizar la jornada. Monsieur Godin...

El francés dejó el tenedor.

—Propongo conformar dos equipos. Uno desde Oyambaro. El otro desde Caraburu. Medimos desde ambos extremos. Sin cruzar datos hasta el final. Así comparamos resultados. Y reducimos errores.

—Perfecto —añadió La Condamine, con la voz más afilada que un estoque—. Pero sin contacto entre grupos. Ni visitas. Ni comentarios. Ni nada. Así nadie copia a nadie.

Godin le lanzó una mirada gélida, pero no respondió. Estaba acostumbrado a los desplantes del químico.

—Trabajaremos en toesas. Hemos traído una toesa patrón desde París. Hierro calibrado en el Grand Châtelet. La idea es fabricar

seis perchas de veinte pies. Tres perchas, diez toesas. Cada día, se coteja con la patrón. Y temperatura a la hora de medir. Para corregir dilataciones.

Godin miró alrededor.

—¿Alguna duda?

Nadie habló. Solo se oía la madera crepitando en la chimenea y el tintinear de las cucharas.

—¿Van a medir toda esa distancia percha por percha? — preguntó Urbina, incrédulo.

—Así es —asintió Godin—. Esa base sostiene toda la triangulación. No hay margen para errores.

Juan se aclaró la voz.

—Yo iré con Monsieur Godin. Por orden directa de don José Patiño, don Antonio acompañará al segundo equipo.

—Por mí, perfecto —respondió Godin, conciliador.

—Supongo que saldremos en cuanto acabe la lluvia y estén listas las marcas —añadió Bouguer—. Nosotros acamparemos en Caraburu. Sin perder tiempo.

La Condamine levantó la vista del plato.

—Un favor más, don Manuel. ¿Nos permite usar esas piedras de molino que tiene abandonadas en la trasera? Servirán como mojones para marcar los extremos de la base.

El criollo, sudoroso y complacido, asintió como si acabara de prestar sus servicios a Felipe V en persona.

—Desde luego. Consideren que es mi humilde contribución a la ciencia.

Juan alzó su copa.

—Que Dios y el tiempo nos acompañen.

—Parece que tendrán suerte —dijo Urbina, colorado por el vino y el orgullo—. Se avecinan días claros... por ahora.

Ulloa levantó su copa también, con una media sonrisa.

—Ya lo saben: después de la tormenta, la calma... si no se lleva algo por delante.

Oyambaro, 21 de septiembre de 1736